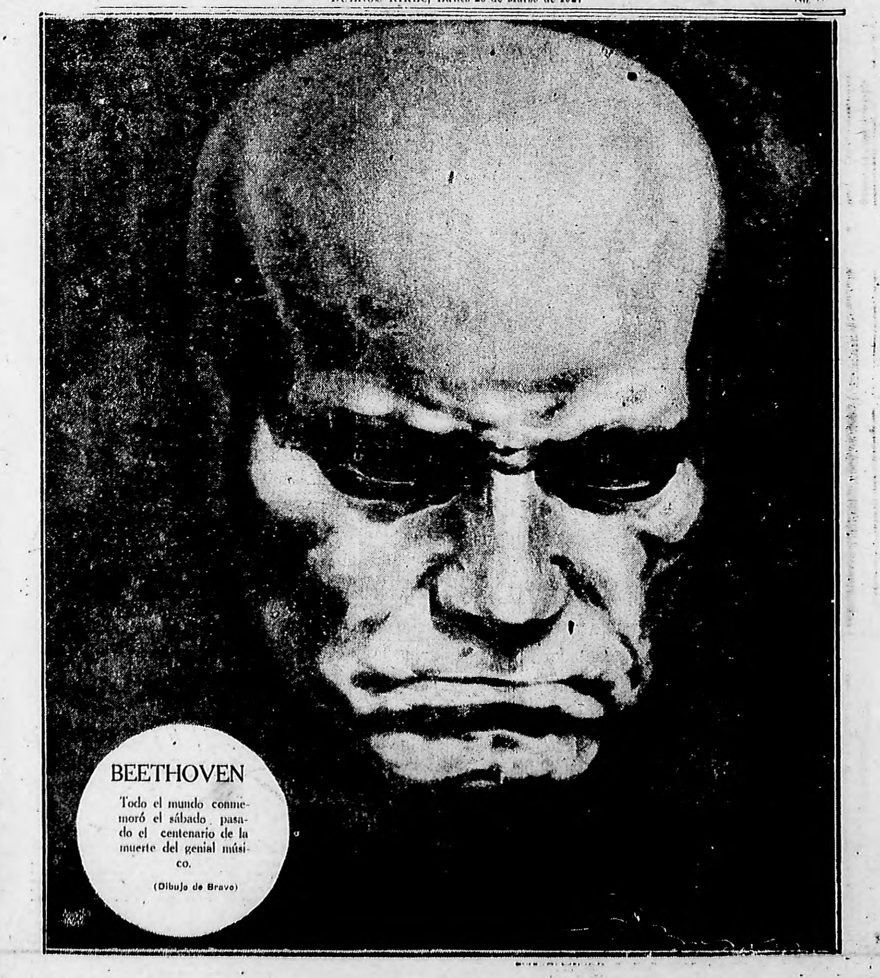
Crítica Magazine

II — BUENOS AIRES, Lunes 28 de Marzo de 1927 — No. 20



BEETHOVEN

Todo el mundo conmemoró el sábado pasado el centenario de la muerte del genial músico.

(Dibujo de Bravo)

Hombres y Cosas de la Semana

MONITOS POR LINAGE

La ya clásica carrera automovilística por el Circuito Otoño, congregó ayer en Mercedes, a un buen número de destacados volantes

Pocas veces se ha registrado en esta capital una explosión de tan graves consecuencias, como la ocurrida en Flores



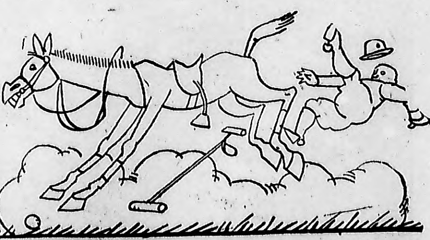


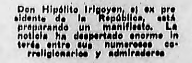
Nuevamente CRITICA ha llevado un pedazo de alegría al espíritu de los pibes. El Circo Holdem ofreció un magnífico espectáculo que entusiasmó al piberío.

El comandante De Pinedo, el admirable piloto del Santa María continúa con felicidad su raid a través de todas las tierras del mundo.

El general Feng-Yu-Siang, el alma del formidable movimiento revolucionario, que triunfa en Shanghai







Victor Manuel, el minúsculo Rey de Italia, sigue todavía reinando en aquel país, aunque los desmanes del dictador Mussolini, parezcan negarlo.

Don Hipólito Irigoyen, el ex presidente de la República, está preparando un manifiesto. La noticia ha despertado enorme interés entre sus numerosos correligionarios y admiradores

A pesar de los deseos del pueblo inglés y de las reales reprimendas de sus augustos progenitores, el simpático Príncipe de Gales, o Eduardo, como le llamaban las chicas porteñas, ha vuelto a montar a caballo, y natural, ha vuelto a caerse. La real crisma de Eduardito ha probado nuevamente la dureza de la tierra y la falta de respeto que las bestias tienen para con los príncipes.

BEETHOVEN ES EL CREADOR DEL MUNDO MUSICAL Y EL MAS PROFUNDO DE SUS PENSADORES

HAY un mundo en cuya creación no ha intervenido ningún Dios y que pertenece pura y exclusivamente al hombre. Ninguna fuerza superior podría quitárselo; está hecho para que el ser humano sienta andando por él una extraordinaria emoción de libertad y poderío. Este mundo es el mundo del arte. ¿Quién no siente ante la contemplación de una obra la insinuación de una nueva naturaleza que obdece ciegamente a los afanes constructivos del alma humana? Si hasta parece por un momento que el único destino superior del hombre es el de hacer arte. Porque todo lo demás siempre está supeditado a razones y motivos secundarios de la vida vegetativa. Ser artista quiere decir ser capaz de construir un mundo nuevo. Ser artista quiere decir crear individualidades poderosas que vivan más que las de carne y hueso; es así Shakespeare, Cervantes, Homero. Ser artista es poseer la potencia necesaria para detener el tiempo al inmortalizar un recuerdo mediante el ritmo de palabras concertadas. Tal Dante ser artista es ser capaz de crear mediante sonidos todo un mundo armonioso de pasiones, ideas, sentimientos, reflexiones profundas, recuerdos imprecisos, protestas airadas, dulces resignaciones, ardor bélico, placidez amorosa, de tempestades, amaneceres, auroras, regresos, despedidas. Tal es Beethoven. Este es el mundo que él creó y que revive y renace al impulso de esa muchedumbre armoniosa que es la orquesta. Beethoven fué el creador de ese mundo. Beethoven, de quien Mozart apenas dijo: "el mundo hablará de este mozo".

Beethoven sentimental, amargado, trágico y sereno que llega hasta el alma con la conmoción de un Shakespeare melodioso. Vosotros los que habéis tenido la inmensa dicha de internaros en ese bosque sonoro guiado por el hilo de la melodía, ya no podréis abandonarlo más. Viviréis de su recuerdo. Y aspiraréis de él como de un perfume armonioso. Viviréis a la sombra de sus árboles viejos en cuyas copas se esconden pájaros que ensayan discretos temas de amor. Será dulce correr sus sendas íntimas bordeadas de yerba olorosa por las que es grato en el atardecer romántico el recordar y el descar.

Por los caminos invisibles de la vida nos llegará una tristeza serena que pondrá calma en la inquietud. Gigantescas violencias de la tempestad en que el aire enloquecido quiere cavar el mundo para destrozarlo y disolverlo en el cielo. Canción de ausencia dulce como una brisa sobre un jardín.

Himno heroico con el fragor de sus ejércitos interminables que pasan por los caminos llenos de lodo hacia la victoria o el desastre. Noche clara, bajo las estrellas, con la música que baja de los astros, que hace soñar al silencio junto a los viejos árboles y estremecer al tiempo con una insinuación de eternidad. ¡Oh el Beethoven escuchado en nuestra primera juventud cuando el amor era en nosotros una tristeza sin esperanza.. Aquellas "Pastorales", "Patéticas", "Heroicas", "Apasionatas" que nos transportaban a otras regiones donde el amor es dulce y el pensamiento una serena reflexión acerca de la vida. Wagner es como el mar. Su música es igual a contemplar el mar y ver surgir de pronto y sobre la línea del horizonte una grandiosa catedral gótica.

Beethoven es el bosque pleno de resonancias, con grutas, clamores, tempestades, de donde surge una nueva emoción al impulso de cuanto el hombre creyó, sufrió y pensó.

El arte sufre transformaciones que están sujetas a los progresos técnicos. A través de estas evoluciones él cambia de sentido, se amplía en su misión. Para Mozart, para Bach, para Haydn, la música no es otra cosa que el arte de combinar silencios y sonidos para producir un efecto agradable al oído. En la época de la música pura su destino está en ella. Es ingenua, fresca y candorosa. Es una música en un solo plano sin perspectivas profundas. Pero ya en Mozart se advierten esfuerzos potentes aunque contenidos de libertar a la música de esa esclavitud de bajorrelieve. Pero el mundo anda, la filosofía, las ciencias, la política reciben un nuevo impulso de libertad y las normas técnicas se perfeccionan y se amplían. La música sigue y obedece esta evolución y su técnica se enriquece y el arte trata de resolver problemas sentimentales, morales, políticos, religiosos. Es entonces que llega Beethoven para quien la música, según Chantavoine, fué el arte de pensar con sonidos. Definición digna de Kant, como ya lo hemos dicho otras veces, que veía de esta manera cumplirse en las realizaciones las vastas concepciones de su genio clasificador y creador.

Para el filósofo era ante todo lo que además de ser bello parece ser naturaleza. Es decir consideraba al arte como un mundo especial que tenía una condición más que el mundo real: la belleza.

Contemplando el gran panorama de la historia de la música parece que este arte hubiera sido inventado con el único objeto de que Beethoven existiera. Es el punto supremo a que llega todo un proceso de expresión en que intervinieran generaciones y generaciones de artistas. Después de él, la música cambiará de sentido, se hará plástica. Los regionalismos la volverán pintoresca añadiéndole valores hasta ahora desconocidos: es así la música rusa y la española.

Una sinfonía, una catedral y un sistema filosófico tienen entre sí mucha semejanza porque en todas ellas interviene el talento organizador que descubre o inventa. El sabio descubre, el artista inventa, es decir, dessubre combinando. El navegante descubre un mundo para la geografía y la política, el artista ha creado él mismo, el mundo que ha descubierto. Beethoven poseyó como nadie el extraordinario don de cantar, de elevar sus ideas musicales por el mundo. Cuando nos acercamos a su obra nuestros sentidos se renuevan y somos almas que buscaran una armoniosa purificación. Su música nos ha descubierto cuanto de bueno había en nosotros como nace la belleza de un camino con la resurrección de la aurora. ¡Qué importa que más tarde nos apartemos un tanto de ella. Miraremos con la mirada que ella nos ha prestado y oiremos con la sabiduría que flota en el recuerdo de sus sinfonías.

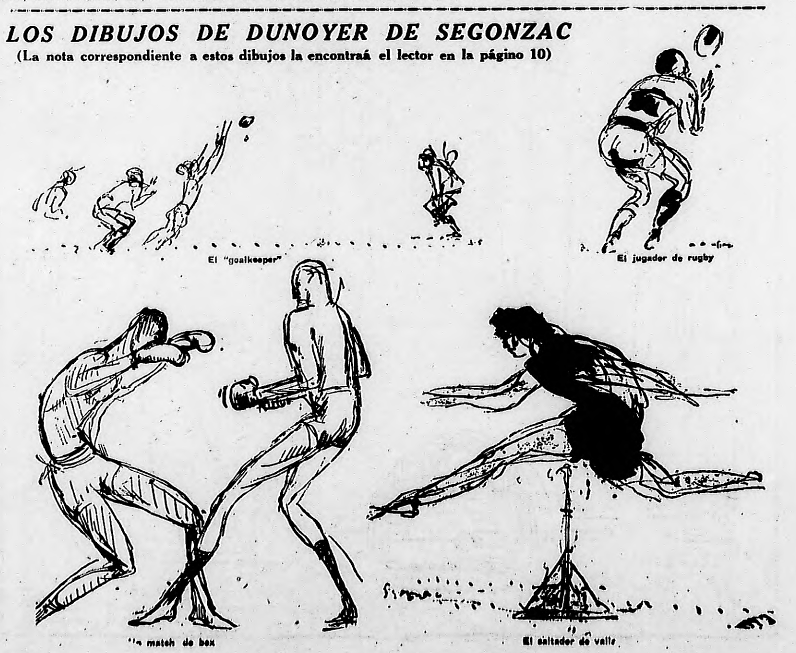
Así se abran nuevos caminos y se inventen nuevos idiomas para la armonía siempre, de cuando en cuando y en fechas como la presente, miraremos hacia la colina expectante que hemos dejado atrás y donde el genio, príncipe de la música está listo para emocionar el aire con una melodía apasionada. La humanidad vive la vida de sus grandes hombres. Y a través del espíritu de éstos siente la emoción de la verdad y el milagro. Que la vida nuestra no es otra cosa que un afán de combinar estas maravillas. Y en la obra de Beethoven, la verdad y el milagro son dos hermanas que han salido a pasear por los claros caminos del arte.

Pablo Rojas Paz

26 de Marzo de 1927

LOS DIBUJOS DE DUNOYER DE SEGONZAC

(La nota correspondiente a estos dibujos la encontraá el lector en la página 10)



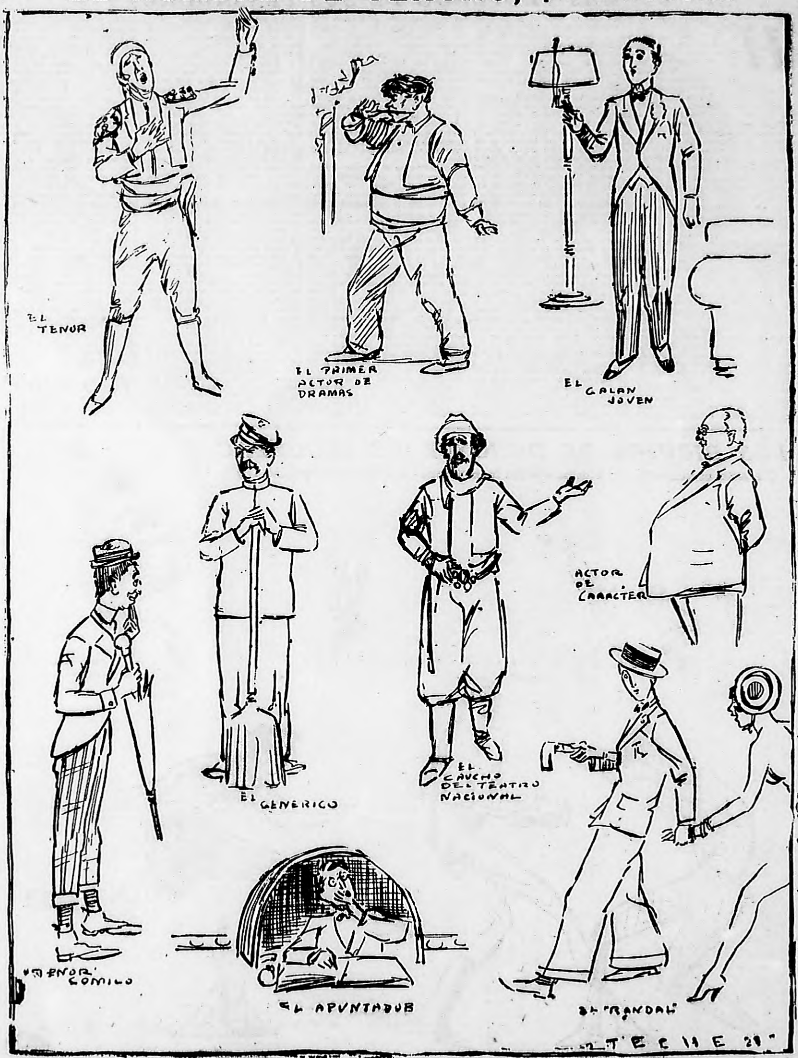
El "goalkeeper"

El jugador de rugby

Un match de box

El saltador de valla

EL HOMBRE DE TEATRO, por ARTECHE



.·. FRANCISCO TROMBADORI .·.

ES UNO DE LOS MAS GRANDES PINTORES SICILIANOS

ESTE diligente pintor es uno de los pocos artista sicilianos que hacen honor a su tierra. Vió la luz en Siracusa, a los siete días de abril del año mil ochocientos ochenta y siete.

Hizo sus estudios en el Liceo de su ciudad, trasladándose, más tarde, a Roma, donde ingresó a la Real Academia de Bellas Artes, y, una vez terminado los cursos de ésta, frecuentó el taller del pintor Enrique Lionne, quien lo inició en la técnica divisionista, cambiando radicalmente de orientación, lo que fué su salvación, pues aligeróse del lastre de malas costumbres y vicios adquiridos en los largos años de aquella vieja y carcelaria institución.

No es fobia en los jóvenes de la presente generación, su animosidad contra las academias, no, piensan, con justa razón, que en ellas se podrían enseñar muchas cosas útiles, se vuelven contra de la decadencia a que han llegado por sus malos sistemas, y, sobre todo, por sus malos maestros, a quienes no ven, por cierto, de buen ojo.

Grave error es la creencia tan divulgada, que un buen artista no puede ser maestro y que en cambio, un mal artista puede serlo: que es lo mismo que decir, que un gran médico no es un buen profesor y un mal médico puede serlo.

¿Qué puede enseñar un señor maestro que jamás realizó obra alguna?

Pueden dar a los demás sólo aquellos que han producido algo.

¿Quiénes fueron los maestros de Tiziano, Rafael, Giotto, etc. etc.?

Si bien es cierto que Lionne no enseñó a nuestro pintor grandes cosas, le hizo mucho con el solo cambio de la paleta reducida así, a los colores primarios, abandonando de inmediato la coloración bituminosa, las pinturas hechas siempre en un mismo rincón y con la misma luz; Lionne enseñóle que las mujeres, las flores, los hombres y demás animales, debía estudiarlos en plena luz ,en beneficio de su obra y de su salud.

En el año 1913, hizo su primer envío a la 2a. Exposición de la Secesión de Roma, que comprendía "Canción Siciliana", cuadro en el que figuraba un carrito popular variopinto, característico de su región natal, de técnica divisionista, dicha obra, favorablemente acogida por el público y la crítica, fué adquirida y hoy forma parte de la colección de la "Societá di Belle Arti di Roma".

Han sido muy frecuentes, desde aquella fecha, sus envíos a las exposiciones de las diversas ciudades del reino, con gran éxito de crítica y de venta, que es este último, el mejor de los éxitos.

En momentos en que abandonaba el divisionismo, buscando horizontes más aptos a su modalidad, lo llamaron bajo las armas, viéndose obligado a hacer descansar sus pinceles durante varios meses.

Herido en uno de los asaltos a la ciudad de Gorizia, lo trasladaron e internaron en un hospital de Florencia, donde, después de pasado el período grave, dedicaba las horas libres a las galerías Pitti, Uffici, etc., contemplando y estudiando atentamente a Giarzione, Tiziano, Veronese, quienes lo hicieron meditar, hasta el extremo de sufrir una fuerte desilución recordando sus telas .

Advirtió, por esa época —dice él— que los problemas de la luz y de ambiente descubiertos por los impresionistas, habían sido resueltos antes que ellos, y con más eficacia, por aquellos grandes que tanto lo inquietaban; comprendiendo también, por fortuna, que todas sus obras eran vacías y carecían de base, sucediéndole por tal razón, una crisis de espíritu que lo atormentó, durante largo tiempo.

Las consecuencias fueron saludables.

Fué entonces cuando emprendió una lucha encarnizada con la Naturaleza, observándola y estudiándola en todas sus manifestaciones, tratando de arrebatarle de lo más íntimo, cuanto se ajustaba a su temperamento. Al mismo tiempo visitaba a menudo las pinacotecas para poder aproximarse espiritualmente a los gloriosos antepasados, que tanto ama y que tan honda enseñanza le aportaron.

No obstante ser él mismo un neoclasicista, ha pensado siempre que es necesario crear de acuerdo con la sensibilidad del momento en que se vive —cosa difícil de establecer hoy y siempre—, sin olvidar de nutrirse en la magnífica linfa de la verdadera pintura.

¿Cuál es la verdadera pintura? ¿Solamente la que encontraron los viejos maestros y cuyas obras se guardan en las iglesias, palacios y pinacotecas de Europa? ¿Entonces, nosotros y los demás países noveles, que carecen de tradición artística no podremos hacer nunca verdadera pintura?

Gravísimo error el de los neoclásicos persistiendo en esta creencia, enceguecidos por el nacionalismo que domina al viejo continente.

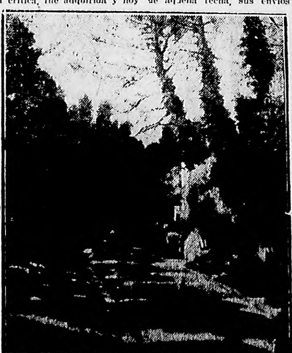
Dejemos, por ahora, en suspenso a estas preguntas; ya tendremos la oportunidad de brindarles algunas reflexiones que interesarán, quizás, a los artistas y críticos que piensan que sólo es "gran pintura" la catalogada.

Una vez vuelto a su quicio, después de su agada crisis espiritual, comenzó nuevamente a manejar los pinceles, trabajando en algunas pequeñas naturalezas muertas y composiciones con flores; sucediéndole a éstas, los paisajes, como el que publicamos, "Villa romana". Más tarde ensayó, con éxito, varios retratos, los que le proporcionaron la oportunidad de tener que realizar otros, llegando, por último, a la composición con la figura humana, como, "Mujer desnuda", con un óptimo resultado, resuelta con una técnica larga con un "perfume de museo".

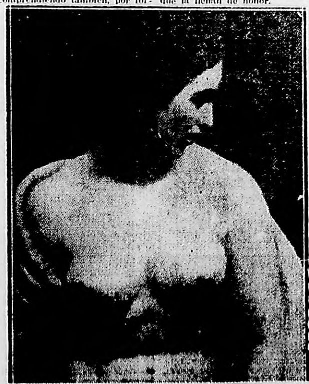
Las tierras cálidas de Italia, tienen en Francisco Trombadori, a uno de sus hijos predilectos que la llenan de honor.



En esta obra, Francisco Trombadori, pone en evidencia sus dotes de retratista



Uno de los mejores paisajes de Francisco Trombadori



"Mujer desnuda", última creación del gran artista siciliano

Especial para CRITICA MAGAZINE

Por

Emilio Pettoruti

COMO SE PRACTICA EN ESPAÑOL UN DEPORTE INGLES

De la Popularidad del Football, los Triunfos Nacionales, "la Furia Española" y Varias Cosas Más

por

Juan DEPORTISTA

LAS gentes adscritas al tópico del casticismo, que han ido observando cómo perdía el favor infantil aquel cornudo de mimbres que hizo las delicias de la generación pasada, no perdonaría jamás a los mozalbetes, hombres en muchas ocasiones, que han subtituído la distracción astada por las emociones que les deparan las furiosas embestidas a una pobre indefensa pelota.

Pero a medida que esa afición, prendiendo con raigambre inconmovible, ha multiplicado los adeptos, hasta crear millares de sociedades y levantar construcciones espléndidas, que son orgullo de las ciudades españolas más deportivas, la vieja guardia de los castizos, guardadora de tesoros y abolengo curtidos en tantos años de **oro, seda, sangre y sol**, se mantiene firme, aunque más disminuída cada vez, en románticas posiciones de inquebrantable negativa frente al deporte invasor.

Hay algunas figuras de excepción — Belmonte entre los "ases" del toreo — cuyo eclecticismo podría servir de ejemplo para arrumbar criterios de pasión. Es pueril sentar apriorísticamente que eso de las patadas es un juego brutal cuando no se llegó a presenciar un encuentro ni siquiera de los clasificados en última categoría.

El juego ardoroso, vibrante, pródigo en iniciativas personales que le abrillantan, como en fases de conjunto que responden a un sentido de cooperación armónica ,ganó a las juventudes y es tarde para retroceder. El football español no es un enemigo del toreo, porque al deporte no le importan sino sus propios incidentes, los campeonatos, su vida amplia repercutiendo lejos de las fronteras.

Allá los taurófilos si miran despechados esos modestos solares donde los muchachos correteaban, sin pensar que tras una pelota como aquella es donde está el mejor entrenamiento de los diestros coletudos.

Aquí el football se libró del sambenito del exotismo, al trocar la modalidad británica, rígida, herméticamente reglamentada, por el tono meridional nuevo, de vivacidad desconocida aún para los mismos ingleses.

A los mismos maestros severos este juego les parece otro distinto al suyo: al rigurosamente técnico que los profesionales están obligados a hacer en las amplias cátedras de sus maravillosos parques.

No se atreven a discutirle, porque no hallan resquicio por donde se escape de esa letra tan monótona que impone movimientos obligados; pero su admiración se traduce en esos apelativos rotundos que le han caracterizado dándole fama mundial.

¡Furia española!

¡Diablos rojos!

Recuerdos de la epopeya de Amberes, donde se reveló el genio racial, la decisión victoriosa contra los rivales mejores preparados; frente a los Comités internacionales, a quienes no convenía el triunfo español; sin la preparación física indipensable de los muchachos...

El juego más popularizado hoy en España lo ha sido porque los que empiezan tienen el estímulo siempre cerca, inmediato.

No es preciso —sobra— una influencia extraordinaria; cualquiera puede llegar a figura de relieve, a jugador de primer equipo. Más lejos quizá: a "as" internacional, cargado un día de la responsabilidad internacional de titularse **seleccionado**. No se puede tampoco generalizar tildando de violento nuestro modo de jugar. Hay tantas brusquedades como delicadezas; pero, sobre todo, se impone, en los momentos decisivos ,en los grandes combates donde se deciden títulos y honores, la iniciativa brillante y la rapidez vertiginosa. Son los sumandos esenciales y propios, no igualados por los hombres de ningún otro país — ni los técnicos ni los científicos. — que han elevado el football español a la categoría de juego nacional, el más divulgado entre los que reparten el favor de jugadores y aficionados.

I.—La decisión que refleja esta jugada emocionante se advierte en el esfuerzo muscular del hombre que se eleva bruscamente al encuentro de la pelota, cuya trayectoria quiere detener para salvar el peligro inminente.



II.—Impetuosidad frente a habilidad. A la solución central de una fase de ataque rápidamente preparada, el delantero centro, encarnación de la impetuosidad, intento el remata veloz que la hábil intervención del guardameta le hurta de la cabeza por pocos milímetros.

III.—Peligroso malabarismo del artista del fooball. El dueño de todos los trucos y señor de las martingalas — Samitier — domina los efectos y conoce los más raros resortes para desposeer al rival del esférico. Esta muestra gráfica tiene suficiente elocuencia, puesto que prueba cómo desvía la pelota que el contrario creía llevarse fácilmente con la testa.

IV.—Un ataque brusco de los hombres que en opuesto sentido pugnan, en un saque de esquina, por lograr el objeto respectivo, lanzándose ciegamente a alcanzar la inofensiva pelota, motivo de tantos afanes.

V.—Reverso de las brusquedades, esta exhibición completa de un combinado y preciso avance. En sus puestos los medios que apoyaron el ataque; ante la red, desbordados sin violencia, defensa y portero; en primer término, el delantero que concluye la jugada, y muy cerca de él, el compañero preparado para completar el esfuerzo si fuera preciso.

AMENIDADES

Manifestaciones psico-fisiológicas.—El paciente: "Doctor, ¿por qué una cavidad tan pequeña parece tan grande a la lengua?" El dentista: "La natural tendencia de la lengua a exagerar, supongo." — De "Christian Register".

• •

Diversos campos de actividad.—"Nunca he visto mujer más llena de energía." "Ni yo tampoco. Sólo para corregir sus errores se necesita la labor de dos hombres." —.De "Life".

• •

Cosas del tiempo.—"¿Por qué abandonó usted su último empleo?" "Yo no lo abandoné; él me abandonó." "¡Qué cosa más extraña!" "Nada de eso. Era una fábrica de municiones." — De "Indianapolis".

• •

La virtud de la discreción.—"¿Hay carta para mí del correo, Mary?" "No señora; solamente una postal." "¿De quién?" "¿Puede usted imaginar que la he leído, señora?" preguntó la doncella con aire ofendido. "Quizá no. Pero en todo caso, el que escribe postal es un estúpido o un impertinente." "Dispénseme usted, señora", replicó la criada pomposamente; "pero no me parece éste un modo digno de expresarse acerca de su propia madre." — De "Boston Transcript".

• •

Nadie es profeta en su tierra.—Sir Douglas Haig, el comandante en jefe del ejército británico, refiere lo siguiente: "Un escosés fastidiaba a sus amigos ingleses jactándose siempre de las cosas buenas que había en Escocia. — ¿Por qué abandonó usted aquel país, puesto que tanto le agradaba? — preguntó un londinense. El escosés rió lleno de complacencia. — Lo diré a usted —dijo—. En Escocia todo el mundo era tan listo como yo, pero aquí me va de lo más bien." — De "Pittsburgh Chronicle-Telegraph".

• •

Fortuna literaria. — "¡Hurra! ¡Cinco dólares por mi último cuento, "El marido moderno"! "Felicitaciones, joven. ¿Quién le pagó a usted esa suma?" "La compañía de expresos. Perdieron el original." — De "Santa Fe Magazine".

• •

Un padre como muchos.—Mostrando los dibujos de su prodigio: "¿Creería usted que nunca recibió una lección de dibujo en su vida?" El crítico de arte: "Ver es creer." — De "Buffalo Express".

• •

Allá por los tiempos bíblicos.—"¿Qué recompensa recibió José por haber salvado del hambre a los egipcios?" "Si no lo lleva usted a mal, señorita, fué nombrado administrador de abastos." — De "Judge".

• •

..**Argumento irrefutable.** — Un plomero y un pintor trabajaban juntos en la misma casa. Un día llegó tarde el pintor, y el plomero observó: "Llegas tarde esta mañana, compañero." "Sí;" repuso el otro, "tuve que detenerme a hacerme cortar el pelo." "Pero no debías hacerlo en el tiempo que pertenece al patrón, ¿no te parece?" "Por cierto que sí", replicó el pintor. "¿No creció acaso en su tiempo?"—De "Everybody's Magazine".

• •

Cuestión de topografía.—"Sostuviste tu posición valientemente," dijo el coronel al soldadito. "Tenía que hacerlo así. El lodo es tan espeso que uno no podía retroceder." — De "Louisville Courier-Journal".

• •

Error depresivo.—El chiquillo vino a contestar al teléfono. La persona que llamaba era amiga de la mamá y entabló así la conversación: "¿Es la casa de Mrs. Blank?" "No, señora; es el hijito de Mrs. Blank." — De Everybody's Magazine"

EL MONUMENTO MAS GRANDE DEL MUNDO

Se Yergue Imponente en Leipzig Esa Mole de Piedra de Lineas Severas y Aspecto Emocionante

En memoria a los muertos en la formidable guerra de "las tres naciones", fué construído en Leipzig, sobre el mismo terreno en que se libró la batalla decisiva en favor de Alemania, un colosal monumento al que bien podría decírsele "monumento monumental", no solamente por la altura ni por su estructura, que son de proporciones poco comunes, sino por todos sus otros detalles complementarios interiores y exteriores que toman formas verdaderamente extraordinarias.

El monumento en cuestión fué **iniciado el 17 de Octubre de 1900** y terminado en la misma fecha de 1913. Costó 6 millones de marcos y fué construído por el arquitecto profesor Bruno Schmitz y sus trabajos escultóricos realizados por los profesores Franz Metzner y Ch. Behrens. El autor del proyecto es Clemens Thieme ciudadano honorario de Leipzig.

En su construcción se ha empleado en forma absoluta el granito, habiéndose necesitado la fabulosa cantidad de 3 millones de piedras para su terminación.

Mide 91 metros de altura y para llegar, por su interior hasta la cúpula es necesario recorrer 550 escalones. A unos 25 metros o sean unos 150 escalones, se encuentra la cripta en donde figuras escultóricas simbolizan la guardia de honor por los soldados muertos por la libertad de su patria.

Cinco metros más arriba en un nuevo descanso a 60 metros de la cúspide, se hallan cuatro grandes figuras simbólicas, representando el amor al sacrificio, el valor y la intrepidez, la fuerza y la voluntad y la fe de un pueblo, las que están construídas con 116 piedras, tienen una altura así sentadas como están de 9 metros 60 y pesan la friolera de 4000 kilos cada una. Desde el talón del pie a la punta del dedo mayor hay 2.40 metros.

La bóveda de la cúpula está adornada por 324 jinetes montados, que simbolizan el retorno triunfante de los soldados, hechos en alto relieve y de tamaño natural, siendo éstas las únicas figuras que no guardan proporción con las demás, en cuanto al tamaño.

Es original advertir que desde el suelo, todas las figuras dan la sensación de medidas normales, tanto esas interiores que miden hasta 9.60 metros de altura como las exteriores que adornan la cúpula y que miden 12 metros de alto, mientras los caballos en cuestión apenas si desde la parte baja pueden apreciarse como tales, pues su pequeñez, debido a la distancia, hace percibir difícilmente sus formas.

En la parte superior, del lado externo, la cúpula está rodeada por 16 "guardianes de la libertad", que hacen la custodia del monumento. Cada uno de esos guardianes mide 12 metros de altura y pesa 2000 kilos.

Frente al monumento se ha construído una gran piscina de 100 metros por 60, en donde se refleja íntegro aquel. En la parte posterior está el campo de la encarnizada batalla, que conmemora en este "denkmal" monumental, que es el más grande del mundo.

1



2

3

4

1.—Vista del monumento tomada del frente principal. — 2. Detalle de la cripta: atrás, la máscara trágica del destino. Delante, dos guerreros haciendo guardia de honor a sus camaradas muertos. — 3. Vista interior del monumento, donde se vé la cripta y la bóveda de la cúpula, que tiene 60 metros de alto. — 4 Una de las cuatro figuras simbólicas: "El Valor y la Intrepidez". — 5. Los grandes monumentos alemanes comparados con el de Leipzig. — 6. Clemens Thieme, autor del monumento

EL SALVAMENT

Por GUILLERMO



EL hermano Mustafá y mi hermana Fátima eran casi iguales; apenas tendría aquél dos años más que ésta. El día que Fátima cumplía diez y seis años organizó mi hermano una fiesta; invitó a todas las amigas de aquélla, les hizo servir en los jardines de la casa de mi padre una merienda suculenta, y, al atardecer, llevólas a dar un paseo por el mar en una barca que alquiló y adornó vistosamente. Fátima y sus amigas se entusiasmaron con aquella idea, pues la noche era hermosa, y la ciudad, contemplada desde el mar, ofrecía un aspecto fantástico, sobre todo al amanecer. Tan bien se encontraban las muchachas en la barca, que instaron a mi hermano a que las llevara más lejos Mustafá cedió contra su voluntad, pues desde algunos días atrás había hecho su aparición un corsario. No lejos de la ciudad se adelanta hacia el mar un contrafuerte de montañas. Allí querían ir las muchachas para ver ponerse el sol. Cuando rodeaban el monte, vieron a corta distancia una embarcación provista de armas. No augurando nada bueno, mi hermano ordenó a los remeros que hicieran virar la barca y remasen hacia tierra. Realmente pareció que sus temores se confirmaban; aquella barca dirigióse rápida hacia la de mi hermano, la adelantó, pues tenía más remos, y se colocó entre ella y la orilla. Las muchachas, que advirtieron el peligro en que estaban, pusiéronse de pie y comenzaron a agitarse y a gritar. En vano trató Mustafá de tranquilizarlas; estériles fueron sus esfuerzos por convencerlas de que permaneciesen quietas, pues con sus movimientos bruscos ponían la barca en peligro de zozobra. Todo fué inútil, y como al acercarse la otra barca todas se apiñaron en la parte de atrás de la suya, ésta dió la vuelta. Entretanto, desde tierra habían observado el movimiento de la barca desconocida, y como hacía algún tiempo que se temía a los corsarios aquella embarcación despertó sospechas y salieron algunas barcas para auxiliarlos, llegando a tiempo de recoger a los náufragos. En la confusión desapareció el barco enemigo, y nadie sabía si en las dos barcas que llegaron a la orilla se hallaban todos. Averiguaron, pues, y ¡ah!, se encontraron con que faltaba mi hermana y una amiga suya; al tiempo, y en una de las barcas vieron a un hombre a quien nadie conocía. Ante las amenazas de Mustafá, dijo que pertenecía a la embarcación enemiga, que estaba anclada una dos millas el Este, y que en su rápida huída sus compañeros le habían abandonado, mientras él se ocupaba en salvar a las muchachas; añadió que había visto que a dos de ellas las metían en el barco.

El dolor de mi anciano padre no tuvo límites, y también para Mustafá fué aquel un golpe muy rudo, pues no solamente perdía a su querida hermana y se culpaba de su desgracia, sino que, además, la amiga de Fátima, que compartía su muerte, le estaba destinada para esposa por sus padres, aunque todavía no se lo había dicho a nuestro padre, porque los de ella eran pobres y de origen humilde. Mi padre era un hombre fuerte. Cuando su dolor se amortiguó un poco llamó a Mustafá y le dijo: "Tu locura me ha privado de la alegría de mis ojos y del consuelo de mi vejez. Vete, no quiero volverte a ver; te maldigo a ti y a tu descendencia; y solamente si me devolvieras a Fátima se vería libre tu cabeza de la maldición de tu padre".

Mi pobre hermano no podía esperar aquello. Ya antes estaba decidido a buscar a mi hermana y a su amiga, y se proponía pedirle al padre su bendición; y ahora tenía que lanzarse al mundo, maldito por él. Pero si al principio se sintió anonadado por el dolor, la idea de no merecer aquella gran desgracia le hizo cobrar ánimos.

Fué a ver al pirata prisionero y le preguntó qué rumbo llevaba su barco, sabiendo por él que se dedicaba al comercio de esclavos y que solía ir a Balsora, donde había un gran mercado.

Cuando volvió a su casa para aprestarse a marchar, comprendió que la cólera de su padre habíase apaciguado algo, pues le envió una bolsa con dinero para ayuda del viaje. Mustafá se despidió llorando de los padres de Zoraida—así se llamaba su novia—, y se puso en camino hacia Balsora.

Mustafá emprendió el viaje por tierra, pues en nuestro pueblo no había ningún barco que fuese directamente a Balsora. Tenía, pues que hacer largas jornadas para no llegar mucho después que los piratas a esa ciudad. Como tenía un buen caballo y no llevaba equipaje, contaba con llegar a Balsora al sexto día. Pero en la tarde del cuarto, cuando iba completamente solo, saliéronle al encuentro tres hombres. Como viera que iban bien armados y que eran fuertes, y suponiendo que más codiciarían su caballo y su bolsa que su vida, les gritó que se entregaría. Apeáronse de sus caballos y ataron los pies de mi hermano por debajo del vientre y empezaron a trotar, llevando uno las riendas del caballo de Mustafá, sin pronunciar una palabra.

Este se entregó a la más sombría desesperación; veía que empezaba a cumplirse la maldición de su padre, y no podía tener esperanza de salvar a Fátima y a Zoraida si le privaban de todos los medios hábiles, no dejándole más que su pobre vida. Habrían cabalgado cosa de una hora, cuando Mustafá y sus mudos acompañantes torcieron hacia un valle transversal. Era un vallecillo poblado de árboles corpulentos, alfombrado por blando césped verde obscuro y atravesado por un arroyuelo, donde todo convidaba al descanso. En seguida vió unas quince o veinte tiendas diseminadas; atados a las estacas veíanse camellos y magníficos caballos, y de una de ellas salían los acordes de una cítara y dos voces hermosas de hombre. A mi hermano le pareció que una gente que había elegido para acampar sitio tan apacible no podía intentar nada malo contra él, y, por lo tanto, siguió sin temor a sus guías, quienes, después de desatar sus ligaduras, hiciéronle señas de que se apeara. Condujéronle a una tienda mayor que las demás y adornada interiormente con verdadero lujo. Los magníficos divanes recamados de oro, las alfombras maravillosos, los pebeteros dorados, hubieran sido en otra parte señal de riqueza y bienestar; allí lo eran de robos audaces. En uno de los divanes veíase a un hombrecillo viejo; su rostro era feo; su piel, obscura y reluciente, y una expresión antipática de hipocresía le daban un aspecto repugnante. Aunque aquel hombre procuraba darse importancia, desde luego observó Mustafá que aquella tienda no había sido tan ricamente adornada para él, y la conversación que hubo de sostener con su guía le confirmó en la idea:

—¿Dónde está el Fuerte?—preguntó al hombrecillo.

—Ha salido de caza—respondió éste—; pero me ha dejado a mí en su lugar.

—No ha estado muy acertado—repuso el ladrón—, pues pronto ha de decidirse si este perro tiene que morir o pagar, y eso lo sabe mejor el Fuerte que tú.

El hombrecillo se levantó alardeando de su dignidad, estiróse para alcanzar con la punta de los dedos la oreja de su contrario, pues parecía agradarle vengarse con un golpe; pero cuando vió que sus esfuerzos eran inútiles, comenzó a insultarle—y en verdad que no se quedaron atrás—de un modo que hizo temblar la tienda. Entonces abrióse la puerta y apareció un hombre alto e imponente, joven y hermoso como un príncipe persa; sus vestiduras y sus armas, aparte un puñal ricamente damasquinado y un sable brillante, eran sencillos; pero su mirada severa, su aspecto todo, inspiraban respeto sin infundir miedo.

—¿Quién se atreve a armar escándalo en mi tienda?—preguntó al hombrecillo y a sus guías, que estaban como asustados.

Durante un rato reinó un profundo silencio; luego, uno de los que condujeron a Mustafá contó lo que había ocurrido, y entonces el rostro del Fuerte se enrojeció de ira.

—¿Cuándo te he dejado yo en mi lugar, Hasan,—gritó con voz estentórea al hombrecillo.

Este se encogió de miedo, apareciendo aún más pequeño que antes, y se dirigió a la puerta de la tienda. Un paso que dió el el Fuerte hizo que saliera de un salto extraordinario.

Cuando desapareció el hombrecillo, los tres hombres condujeron a Mustafá a presencia del señor de la tienda, que se había recostado en un diván.

—Aquí te traemos al que nos has ordenado prender.

El Fuerte miró fijamente al prisionero, y luego dijo:

—¡Bajá de Suleika! Tu propia conciencia te dirá por qué estás ante Orbasan.

Cuando mi hermano oyó aquello, se echó a los pies de éste y respondió:

—¡Oh, señor! ¡Tú te equivocas; yo soy un pobre desgraciado, pero no el bajá que buscas!

Todos los presentes quedáronse extrañados de aquellas palabras. El señor de la tienda repuso:

—De poco te ha de servir ocultarte, pues te presentaré gentes que te conocen bien.

Ordenó que llamasen a Zuleima. Llevaron a la tienda a una mujer vieja, que a la pregunta de si reconocía en mi hermano al bajá de Suleika, respondió:

—Sí, y juro por la tumba del Profeta que es el bajá y nadie más.

—¿Ves, desdichado, como tu astucia se ha convertido en agua?—le dijo el Fuerte—. Eres demasiado miserable para que yo manche mi puñal con tu sangre: te haré atar a la cola de mi caballo mañana, al salir el sol, y recorreré los bosques hasta que se ponga tras las montañas de Suleika.

Mi pobre hermano quedóse como muerto.

—La maldición de mi padre es la que me lleva a una muerte infamante—exclamó llorando—; y también tú, dulce hermana mía, estás perdida, y tú, mi Zoraida, lo mismo...

—Tus fingimientos no te servirán de nada—dijo uno de los bandidos mientras le ataba las manos por detrás—; anda, sal pronto de la tienda, que el Fuerte se muerde los labios y mira el puñal. Si quieres vivir una noche más, ven.

Cuando los bandidos iban a sacar a mi hermano de la tienda, encontráronse con otros tres que conducían a un prisionero. Entraron con él.

—Aquí te traemos al bajá, como nos has ordenado—dijeron llevando al prisionero hasta el diván de el Fuerte. Entonces mi hermano tuvo ocasión de observar al recién llegado, y quedó sorprendido de la semejanza que tenía con él, aun cuando era más moreno y llevaba barba negra. El Fuerte quedóse muy extrañado de la aparición del segundo prisionero.

—¿Cuál de vosotros es el verdadero?—preguntó, mirando alternativamente a mi hermano y al bajá.

—Si te refieres al bajá de Suleika—respondió en tono altivo el prisionero—, soy yo.

El Fuerte le miró con su mirada fría y terrible, y luego, con una seña, mandó que se llevasen al bajá. Cuando hubo desaparecido, dirigióse a mi hermano; cortó las ligaduras con su puñal, y le indicó que se sentara en el diván, a su lado.

—Mucho siento, extranjero—le dijo—haberte confundido con ese monstruo; pero ha sido una extraña disposición del Cielo, que precisamente en el momento en que estaba decidida la pérdida de ese malvado, hayas tú caído en manos de mis hermanos.

El mío le pidió como único favor que le dejara marchar cuanto antes, pues el retraso podía serle fatal. El Fuerte le preguntó qué asuntos eran los suyos que tanta prisa le corrían, y cuando Mustafá se lo hubo contado todo, aconsejóle que permaneciese aquella noche en el campamento, pues él y su caballo necesitaban descanso, y al día siguiente él le indicaría un camino que en día y medio le pondría en Balsora. Mi hermano aceptó, fué tratado espléndidamente, y durmió hasta por la mañana en la tienda del bandido.

Cuando despertó encontróse completamente solo, y fuera, delante de la tienda, oyó varias voces, entre las que sobresalían las del señor y las del hombrecillo. Aguzó el oído, y con gran susto oyó que el último trataba de convencer a los demás de que debían matar al extranjero, pues si le dejaban libre podría delatarlos.

Mustafá comprendió desde luego que el hombrecillo le tenía rabia por ser la causa de que el día anterior le hubieran maltratado; el Fuerte pareció meditar un momento.

—No—dijo—, es mi huésped, y los deberes de hospitalidad son sagrados; además, no tiene aspecto de ser capaz de delatarnos.

Así diciendo, levantó la cortina y entró.

—Que la paz sea contigo, Mustafá—dijo—; vamos a tomar el refrigerio de la mañana, y después prepárate para la partida.

Alargó a mi hermano una copa de refresco, y cuando hubieron bebido, embridaron los caballos. Mustafá montó con mucho menos peso en el corazón del que llevó a su llegada. Pronto dejaron atrás las tiendas y tomaron una ancha vereda que los condujo al bosque. El Fuerte contó a mi hermano que aquel bajá a quien habían cogido les prometió permitirles morar en su territorio sin cuidado alguno; pero pocas semanas antes había cogido a uno de sus hombres más valientes y lo sometió a un horrible martirio, ahorcándole después. Le había espiado desde entonces, y hoy moriría. Mustafá no se atrevía a replicar nada, pues no cabía en sí de gozo al librar el pellejo.

En el lindero del bosque detuvo el Fuerte su caballo; indicó el camino a mi hermano, tendióle la mano en señal de despedida, y dijo:

—Mustafá; por una circunstancia extraña has sido huésped del bandido Orbasan; no necesito recomendarte que no debes decir una palabra de lo que has visto y oído. Has pasado angustias de muerte injustamente, y te debo una compensación. Toma este puñal como recuerdo, y si alguna vez necesitas mi ayuda, envíamelo y correré a tu lado. Esta bolsa también puede serte útil para el viaje.

Mi hermano le dió las gracias por su generosidad; tomó el puñal, pero rechazó la bolsa. Orbasan le estrechó la mano una vez más, tiró la bolsa al suelo y desapareció por el bosque como una centella. Cuando Mustafá vió que no podría alcanzarle, apeóse para recoger la bolsa, y se asustó ante la esplendidez de su huésped, pues había en ella una cantidad fabulosa. Dió las gracias a Alá por haberle salvado, encomendó a su misericordia al noble bandido, y alegre y satisfecho siguió su camino hacia Balsora.

Leza
con al
—Sí
mi ju
verdad
se por
—Oh
sulmá
me fig
nado
que to
saber
el salv
a la h
—Sí
relato
la hist
todo e
resant
Al n
le lle
de Ba
una p
ría el
solía
Recib
que il
perdid

tancia
del me
de ta
las m
prado
nes y
pero
elevad
asusta
Pidió
adqui
que e
quien
que el
habita
sora y
hombr
que h
Señor,
a disf
La
fué m
persec
podría
de ve
que so
de él,
su pr
trasar

...TO DE FATIMA

...MO HAUFF

Lezah se calló y miró a Achmet on aire interrogativo.

—Si es así—dijo éste—,rectifico ni juicio sobre Orbasan, pues erdaderamente con tu hermano e portó bien.

—Obró como un honrado mu- ulmán—exclamó Muley—; pero ne figuro que no habrás termi- ado tu historia, pues me parece ue todos ardemos en deseos de aber qué fué de tu hermano y salvó a Fátima, tu hermana, y la hermosa Zoraida.

—Si no os aburro, seguiré mi elato—respondió Lezah—, pues historia de mi hermano es por odo extremo maravillosa e inte- esante.

Al mediodía del séptimo de via- é llegó Mustafá a las puertas e Balsora. Apenas se apeó en na posada, preguntó cuándo se- ía el mercado de esclavos que olía haber allí todos los años. Recibió la terrible respuesta de ue llegaba tarde y que había erdido mucho con tal circuns- ancia, pues en los últimos días el mercado llegaron dos esclavas e tan rara belleza que atrajeron as miradas de todos los com- radores. Produjéronse discusio- es y hasta disgustos por ellas, ero vendíanse a un precio tan levado que únicamente no pudo sustarse de él el actual amo. idió mi hermano más detalles, y lquirió el convencimiento de ue eran las dos desgraciadas a uienes buscaba. También supo ue el señor a quien pertenecían abitaba cuarenta leguas de Bal- ora y se llamaba Tiulí-Kos, un ombre noble y rico, no joven ya, ue había sido capitán del Gran eñor, y luego se había retirado disfrutar de sus riquezas.

La primera idea de Mustafá ué montar a caballo y salir en ersecución de Tiulí-Kos, que no odría llevarle más de un día e ventaja. Pero luego reflexionó ue solo no podría conseguir nada s él, y mucho menos arrancarle u presa. Por lo tanto procuró rasarse otro plan, no tardando en dar con uno que le pareció conveniente. La confusión con el bajá de Sulieika, que tan nefasta pudo serle, le sugirió la idea de presentarse con su nombre en casa de Tiuli-Kos y hacer algo para tratar de salvar a las dos desgraciadas muchachas. Tomó unos cuantos criados y caballos, para lo cual le sirvió el dinero de Orbasan; procuróse para él y sus servidores ricos vestidos, y se puso en camino hacia el palacio de Tiuli. Después de cinco días de viaje dieron vista a dicho palacio, que estaba situado en una hermosa llanada y rodeado de tapias tan altas, que apenas dejaban ver su arquitectura.

Cuando Mustafá llegó allí tiñose la barba y el cabello de negro, y untóse el rostro con el jugo de una planta que le dió un color oscuro muy semejante al que tenía el referido bajá. Hizo destacarse a uno de sus criados para que pidiera en el palacio albergue por aquella noche en nombre del bajá de Sulieika. El criado volvió a poco, seguido de cuatro esclavos ricamente ataviados, que cogieron de las riendas el caballo de Mustafá, conduciéndole al patio del palacio. Allí le ayudaron a apearse, y otros cuatro siervos le precedieron por una escalera de mármol para llevarle a presencia de Tiuli.

Este, que era un viejo alegre, recibió a mi hermano con mucho respeto y le obsequió con lo mejor de su cocina. De sobremesa, Mustafá llevó poco a poco la conversación a las dos esclavas, y Tiuli le encareció su belleza, lamentándose tan sólo de que siempre estuvieran tan tristes, aun cuando suponía que aquello pasaría pronto. Mi hermano quedó muy satisfecho del recibimiento, y se retiró a descansar con las más risueñas esperanzas.

Llevaría una hora durmiendo, cuando le despertó la luz de una lámpara que le daba de lleno en los ojos. Cuando se incorporó creyó estar soñando al ver ante sí a aquel hombrecillo mulato de la tienda de Orbasan, con una lámpara en la mano y la enorme boca contraída por una sonrisa diabólica.

Mustafá se pellizcó en el brazo y se tiró de las narices para convencerse de que estaba despierto; la aparición continuaba en su actitud.

—¿Qué buscas a mi cabecera? —exclamó Mustafá cuando se recobró de su asombro.

—No os preocupéis tanto, señor —dijo el hombrecillo—; he adivinado a qué habéis venido aquí. Recordaba perfectamente vuestro rostro; pero, en verdad, si no hubiera ayudado con mis propias manos a ahorcar al bajá, quizá me hubierais engañado. Aquí estoy para haceros una pregunta.

—Ante todo dime cómo has venido aquí —le respondió Mustafá, iracundo por haber sido descubierto.

—Te lo diré —repuso el hombrecillo—: no podía seguir más tiempo con el **Fuerte**; por eso he huído .Pero tú, Mustafá, eres en realidad la causa de nuestra riña. Por lo tanto, si me das a tu hermana por esposa, te ayudaré a huir; pero si te niegas a ello, me presentaré a mi nuevo señor y le contaré alguna cosa del **nuevo bajá**.

Mustafá estaba fuera de sí de miedo y de ira; en el momento en que se creía a punto de conseguir sus deseos, llegaba aquel miserable a echar todo por tierra. No había más que un medio de salir adelante con su plan: matar al pequeño monstruo. De un salto se arrojó sobre el hombrecillo; pero éste, que debió de imaginarse algo de lo que el otro pensaba, dejó caer la lámpara y echó a correr en la obscuridad pidiendo socorro.

Era un momento crítico: tenía que olvidar a las muchachas para pensar en salvarse a sí mismo; asomóse a la ventana para ver si podía saltar por ella. Había una gran distancia hasta el suelo, y luego estaba la tapia, que también habría de saltar. Permaneció pensativo junto a la ventana, cuando oyó voces que se acercaban a su cuarto; no tardaron en llegar a la puerta: entonces, desesperado, cogió su puñal y sus vestidos y se lanzó por la ventana. La caída fué violenta, pero pronto advirtió que no se había roto ningún miembro; levantóse y corrió hacia la tapia que circundaba el palacio; la saltó con gran asombro de sus perseguidores, y vióse libre. Huyendo, llegó a un bosquecillo, donde se dejó caer extenuado. Allí reflexionó sobre lo que debía hacer. Había tenido que abandonar su caballo y sus criados, pero salvó el dinero, que llevaba en el cinto.

Su ingenio le sugirió un nuevo medio de salvación. Atravesó el bosque hasta llegar a un pueblo, donde, por poco precio, compró un caballo. Jinete en él, al poco tiempo llegó a una ciudad.

Allí preguntó por un médico. Le presentaron a un anciano muy notable, el cual, mediante unas cuantas monedas de oro, accedió a proporcionarle una medicina que procurase un sueño semejante a la muerte, y del que se pudiera volver en un momento con el empleo de otra substancia o licor eficaz.

Cuando tuvo en su mano la pócima compró una gran barba postiza, un manto negro y toda clase de cajas y tarros para poder pasar por un médico que va de viaje; cargó todo aquello en un asno, y volvió al palacio de Tiuli-Kos. Podía estar seguro de no ser reconocido esta vez, pues la barba le desfiguraba tanto, que él mismo apenas si se conocía. Llegado a casa de Tiuli, se hizo anunciar como el médico Chacamancabudibaba, y ocurrió lo que él imaginara: el nombre extraordinario fué una gran recomendación para el viejo tonto, que sin más ni más le invitó a su mesa. Chacamancabudibaba presentóse ante Tiuli, y apenas hablaron una hora, decidió el viejo someter a todas sus esclavas al tratamiento del sabio doctor. Este podía apenas disimular su alegría al pensar en que iba a tornar a ver a su querida hermana, y, ahogándose de emoción, siguió a Tiuli al serrallo. Entraron en una estancia preciosamente adornada, pero donde no había nadie.

—Chambaba, o como te llames, querido médico —dijo Tiuli-Kos: fíjate en ese agujero que hay en la pared; por él sacará un brazo cada una de mis esclavas y podrás observar si el pulso es normal o no. Mustafá quiso protestar, pues lo que él anhelaba era ver. Sólo logró de Tiuli que le dijera de todas, una por una, cuál era su estado habitual de salud. Tiuli sacó un gran pliego, y empezó a llamar a sus esclavas por sus nombres. Cada vez que pronunciaba uno, salía un brazo por el agujero, y el médico tomaba el pulso. Ya iban seis observadas y dadas por sanas, cuando a la sexta Tiuli leyó "Fátima", y por el muro asomó una mano blanca y pequeña. Tembloroso de alegría cogió Mustafá aquella mano, y con cara grave dijo que la esclava a quien pertenecía estaba gravemente enferma. Tiuli, muy preocupado, ordenó al médico que recetase inmediatamente una medicina. El sabio Chacamancabudibaba salió de la estancia y escribió en un papel: **"Fátima: Estoy aquí para salvarte si te decides a tomar una bebida que te hará parecer muerta durante dos días; yo luego emplearé los medios de que dispongo para volverte a la vida. Si aceptas, no tienes más que decirme: este brebaje no hace efecto, y esa será la señal de que estás conforme."**

En seguida volvió al aposento en que esperaba Tiuli. Llevaba una pócima inofensiva, tomó nuevamente el pulso a Fátima, deslizó el papelito bajo su pulsera, y le dió el frasquito por el agujero de la pared. Tiuli parecía muy inquieto por la suerte de Fátima, y aplazó el reconocimiento de las demás hasta otro día. Cuando salió de aquella estancia con Mustafá, le dijo con tono triste.

—Chadibaba, dime sin rodeos lo que piensas de la enfermedad de Fátima.

Chacamancabudibaba respondió con un suspiro profundo:

—¡Ah, señor! El Profeta te dé consuelo; tiene una fiebre infecciosa que puede acabar con ella.

Tiuli se encolerizó y exclamó:

—¿Qué dices, maldito perro de médico? ¿Una esclava por la que pagué dos mil monedas de oro, va a morirse como una vaca? Ten en cuenta que si no la salvas te cortaré la cabeza.

Mi hermano comprendió que la cosa se ponía fea, y le hizo concebir alguna esperanza. Cuando estaban hablando, llegó un esclavo negro de los del serrallo a decir que **la medicina no había hecho efecto.**

—Emplea toda tu ciencia, Chacamancabadelca, o como te llames, y te pagaré cuanto quieras —exclamó Tiuli, casi aullando de dolor ante la idea de perder tanto dinero.

—Voy a propinarle una poción que la aliviará seguramente —respondió el médico.

—¡Sí, sí, dale algo eficaz! —dijo sollozando el viejo Tiuli.

Muy alegre fuése Mustafá a buscar su narcótico, y luego que se lo entregó al negro, advirtiéndole cómo debía tomarse ,acercóse a Tiuli y le dijo que necesitaba coger unas raíces cerca del lago, y salió más que de prisa. A la orilla del lago, que no estaba lejos del palacio, despojóse de su disfraz y lo tiró al agua, sobre la que flotaron lindamente las ropas; él se escondió en unos matorrales esperando que llegase la noche para introducirse en el panteón del palacio de Tiuli.

Cuando apenas hacía una hora que Mustafá salió del palacio, llevaron a Tiuli la noticia de que su esclava Fátima estaba moribunda. Envió a la orilla del lago en busca del médico; pero los criados volvieron solos y diciendo que debía haberse ahogado, pues se veía flotar en el agua su manto negro y de cuando en cuando sobrenadaba la espesa barba. Al ver Tiuli que no había remedio, maldíjose a sí mismo y al mundo entero; tiróse de las barbas y golpeóse la cabeza contra la pared. Pero todo aquello era inútil, pues Fátima no tardó en exhalar el último suspiro en



los brazos de las demás mujeres. Cuando Tiuli supo su muerte mandó hacer inmediatamente un ataúd para que, sin pérdida de momento, llevaran el cadáv al panteón, pues no podía sufrir que hubiese un muerto en la casa. Trasladaron, pues, el féretro: lo depositaron en el suelo, y echadon a correr, pues les pareció oír suspiros y lamentos en las otras cajas.

Mustafá, que estaba allí escondido, y que fué quien causó la huída de los que llevaron el féretro, salió de su escondrijo y encendió una lámpara que llevaba de propósito. Sacó un frasquito, que contenía la pócima para resucitar, y levantó la tapa del ataúd. ¡Cuál no sería su espanto al ver a la luz de la lámpara unos rasgos completamente desconocidos! Aquella mujer no era Fátima ni Zoraida, sino una persona extraña. Tardó mucho en rehacerce ante aquel nuevo golpe de la fatalidad; pero al fin la compasión difundióse de su pecho. Abrió el frasquito e inyectó su contenido al supuesto cadáver. Ella suspiró, abrió los ojos y tardó mucho en darse cuenta de dónde se hallaba. Por fin recordó lo sucedido; se salió del féretro y arrojóse a los pies de Mustafá.

—¿Cómo podré agradecerte, alma noble —exclamó—, que me hayas librado de mi horrible esclavitud?

Mustafá interrumpió su discurso con la pregunta de cómo era que no había salvado a su hermana y sí a ella. La esclava miróle sorprendida, y dijo:

—Ahora comprendo lo.de mi libertad, que antes no podía explicarme. Has de saber que a mí es a quien en el palacio llamaban Fátima, y por eso a mí me han dado el papel y el brebaje.

Mi hermano quiso saber noticias de Fátima y de Zoraida, y aquella muchacha le informó de que, efectivamente, estaban en el palacio; pero que, siguiendo la costumbre de Tiuli, habían cambiado de nombre, llamándose Mirza y Nurmahal.

Cuando Fátima, la esclava libertada, vió que mi hermano estaba muy triste con aquella equivocación, trató de animarle, y le dijo que ella le propondría un medio para que pudiera salvar a las dos jóvenes. Animado con esta idea, recobró Mustafá la esperanza, quiso saber qué medio era aquél a que se refería: la esclava dijo así:

—Hace unos cinco meses que vine a ser esclava de Tiuli, y desde el principio sólo he pensado en mi libertad; pero era cosa demasiado difícil de conseguir para mí sola. Habrás visto que en el patio anterior del palacio hay una fuente con diez caños. Esta fuente llamó mi atención, pues me recordó una semejante que había en casa de mi padre, la cual luego repartía sus aguas por una serie de cañerías. Para saber si esta fuente estaba construída en la misma forma, un día comencé a alabarla delante de Tiuli, preguntando quién la había construído. "Yo mismo —respondió él—, y lo que se ve es lo menos importante, pues su mayor mérito consiste en que el agua viene de un arroyo que corre a más de mil pasos por un canal abovedado que, por lo menos, tiene la altura de un hombre; todo ello es idea mía". Al oír aquello deseé tener las fuerzas de un hombre para poder levantar una de las piedras de la fuente y huir donde qui-

(Continúa en el próximo núm.)

ACTUALIDADES DEL MUNDO LITERARIO

EXPOSICION DE LA ACTUAL POESIA ARGENTINA



EDITORIAL MINERVA BUENOS AIRES

LOS DIBUJOS DE DUNOYER DE SEGONZAC

Un artista de profunda observación que con temas deportivos ha dibujado admirables apuntes

Como ilustración a un libro de Giraudoux, Dunoyer de Segonzac h aefectuado estos dibujos que encontrará justos en la exactitud de las actitudes quien haya visto alguna vez una carrera de vallas, un partido de football o un match de box. Eludimos todo comentario para estos dibujos que solamente necesitan ser admirados. Por ejemplo el saltador de vallas es de una soltura y elasticidad única ya que el gimnasta ha sido sorprendido en el momento de iniciar el salto. En los boxeadores afinados por el trainlag la lucha adquiere caracteres violentos; unos de los boxeadores simula abrir la guardia mientras el otro estudia el golpe. A pesar de la violencia de la lucha los boxeadores parecen descansar por sugestión artística. El jugador de rugby va a tomar la pelota para efectuar una violenta corrida que seguramente terminará en un try; se presiente la corrida por esperar la pelota con cierta nerviosidad. El goalkeeper está en una situación peligrosísima; asediado por un forward, ataja un violento tiro alto. Su cuerpo vibra en la voluntad de luchar; el contrario observa los resultados de su shot violento.

Hemos tratado de reseñar a grandes rasgos las características de estos dibujos hechos al borde de los fields en los momentos de los grandes matches de las olimpíadas pasadas donde los sudamericanos supieron destacarse entre, otras cosas, en football y en polo.

LITERARIAS

• • •

EL POETA CATAMARQUEÑO LUIS L. FRANCO, ha publicado una colección de coplas. El título "Coplas de pueblo" no es acertado porque toda copla, por antonomasia es popular.

—

¿Por qué escribí yo estas coplas? se pregunta el poeta y a continuación descubre el origen espontáneo de su sencillo lirismo:

¿Por qué escribí estas coplas? ¡Pero si no las escribí: se me vinieron solitas! Que mucho, si desde antes de saber leer, la alcancía de niño de mi corazón tintineaba con la plata de coplas que le iban cayendo día a día.

Aquí, en mi aldea trigueña y de ojos verdes, se las oí a los chicos que pasaban, en sus burros por el camino, y a alguna vieja lenguaraz, y a las mozas que jaleaban con ellas sus quehaceres, y a los borrachos en Carnaval, y a los segadores en las segadas, que las cantan entre la quejumbre de la caja ronca como una torcaz y monótona como un alma de indio. Y volviendo por alguna senda callada de la tardecita o jineteando el gajo de una higuera madura, abría también el pico, tan sabedor de lo que decía como un pájaro:

> No se que tiene mi negra
> Que todos me la codician;
> Hasta el cura quiere parte
> Como si fueran primicias.

Al final del libro el autor transcribe fragmentos de algunos juicios sobre su obra anterior.

Han colaborado desinteresadamente con caricaturas y retratos de poetas en la Exposición de Vignale: "Tiempo", los siguientes artistas:

Barradas.
Bernúdez Franco
Bonomi.
Borges (Norah).
Centurión.
Del Bueno.
De la Puerta.
Germani.
Guido (A[illegible]do).
Linage.
Parpagnoli.
Palacio (Lino).
Palomar (Fapa).
Pérez Ruiz.
Rossi (Roberto).
Salguero Dela-Hanty.
Saravi.
Tallón (J. S.).
Vallejo (A.).

La carátula ha sido realizada por Bonomi. Demás está decir que es admirable.

AUTOBIOGRAFIA

He nacido en La Plata — ciudad de silencio uniforme, de calles soleadas, de cielos claros — el 6 de julio de 1904. Bajo estos cielos he estudiado las cosas esenciales y escrito versos desde niño. (Tengo un folleto inconfesable de los 15 años). Amo de veras la paz remansada que se difunde por la atmósfera de mi ciudad y el dilatado ocio, que convierte los días de la semana en un domingo perpetuo.

No tengo profesión alguna ni me interesa la política criolla. Pienso con Huysmans que el mejor gobierno es aquel que me molesta menos.

En arte tengo tantas admiraciones verídicas como grandes indiferencias: olvido como por milagro las cosas flojas que me leen o leo. Y ahora esto para mis futuros biógrafos: declaro honestamente que nunca he podido recorrer íntegra la "Ilíada".

Mis horas se dispersan, así, en esos tres grandes hontanares que son el amor, el verso y la amistad.

Francisco López Merino
(De la Exposición Vignale-Tiempo).

UNA NUEVA COMPILACION DE VERSOS

Ha aparecido la "Exposición de la actual poesía argentina" organizada por Pedro Juan Vignale y César Tiempo.

A título de "Justificación" trae el volumen un prólogo en el que, entre otras cosas, se expresa lo que sigue:

"Presentamos aquí a más de "cuarenta poetas aparecidos des"pués de 1922 y que constituyen "los diversos núcleos y aledaños "de la nueva generación litera"ria.

"No es esta una antología crí"tica. Mas aún: no lleva carác"ter antológico alguno, en la "acepción didáctica de resumen "que esta palabra contiene. Una "antología siempre clausura una "época o cierra una escuela, des"empeñando, en ambos casos, "función balance final, al reco"ger lo estable y efectivo de una "retórica transitoria:

"Por eso una antología — y "con menos intensidad un "par"naso" — resulta siempre un li"bro individual, personalísimo, "con unidad de cancionero o ro"mancero anónimos, no obstante "recoger a numerosos poetas.

"Y esa homogeneidad se expli"ca, en una literatura, por los "elementos profundos, inmanen"tes, que dan fisonomía a una "raza; y en un período litera"rio: por las influencias comu"nes de ideas, de gustos, y has"ta de modas, a que se hallan "sometidos todos los artistas que "en él actúan. Influencias inevi"tables a las que nadie puede "substraerse, y que ofrecen cuan"do son intensas, el índice o ca"racterística que identifica todas "las creaciones de arte de una "época. Acaso en este volumen, "el lector avisado desglose va"rias maneras, modalidades y "empaques líricos."

—

Trae el libro diversas opiniones sobre el verso, la rima, el ritmo, la música, el ripio y otras cosas firmadas por Lugones, Rafael de Diego, Julio Noé, Ricardo Güiraldes, Roberto Mariani y Evar Méndez. Total 8 prólogos, con el transcripto, es decir, a razón de un prólogo cada cinco poetas.

Algunos de los prologuistas como de Diego y Mariani no tienen autoridad para opinar sobre poesía al frente de una muestra como la que comentamos, que pretende ser severa artísticamente.

No nos explicamos tampoco porqué poetas de tercera categoría como Alvaro Yunque figuran con más páginas y composiciones que los mejores representantes de la nueva generación.

Es evidente que en el criterio selectivo han primado simpatías y antagonismos personales que nada tienen que ver con la labor poética en sí.

A pesar de los esfuerzos de los compiladores por superarla, la Antología de Noé sigue siendo la mejor de las publicadas hasta ahora.

LUIS L. FRANCO

COPLAS DE PUEBLO

(1920 1926)



M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES 1927

• • •

MARIO BRAVO PUBLICARA en breve, por intermedio de una importante editorial, una reedición de "Poemas del campo y la montaña".

Además prepara un libro inédito, de versos, y una novela.

• • •

"LOS AMIGOS DILECTOS" SE LLAMARA el nuevo libro de Ricardo Sáenz Hayes, que está imprimiendo Gleizer.

Este volumen, compuesto por estudios y ensayos críticos de gran agudeza, muchos de ellos aparecidos ya en las páginas de "La Prensa" constará de los siguientes capítulos:

Lysias, Tácito, Plinio, Montaigne y La Boethe; Gothe y Achiller, Carlyle y Emerson, Flaubert, Alfredo Le Poiterin y Luis Bouillet, Renan y Berthetrt.

• • •

DON RICARDO ROJAS SE PONDRA nuevamente al frente de la "Biblioteca Argentina", que con tanto acierto dirigiera. Fueron difíciles los comienzos de esta publicación, en tenaz competencia con la "Cultura Argentina" que dirigiera Ingenieros.

En un principio las bibliotecas de Rojas e Ingenieros debieron ser una, pero la falta de un acuerdo explícito hizo que malograra el proyecto que había sido motivo, tan sólo, de una conversación sin trascendencia.

En una polémica recia ambos discutieron, luego, la primacía de la feliz idea que nos ha acercado al espíritu de muchos publicistas del pasado que hubieran permanecido casi inéditos sin la oportuna exhumación libresca.

• • •

O CAPITAO Y ARABELLA E EN, son los títulos de dos cuentos de Mallea en su versión portuguesa, que acaban de ser publicados por la revista Fon Fon y el diario "A Manha, do Brasil".

La primera narración ha sido traducida por Gustavo Barroso, de la Academia de Letras.

VIEJA ESTAMPA

Anduvo entre nosotros mas fué su alma extranjera
De intimidad hermética y hablar que no alcanzamos.
Ya su beso era trémulo cual caricia postrera.
Y era un puerto imposible la efusión donde anclamos.

Desgarró como un árbol su piedad anhelante
Consintiendo más sombra cuanto más se cumplía.
Fué en el aula del mundo distraída estudiante...
Y agobiada de noche caminaba a otro día.

Pañuelo que alejaba su modo despedir,
Se marchó a todas partes y en lo eterno halló acuerdo
Siempre tuvo el hechizo de lo que va a partir.
Y aun entre mis brazos era casi un recuerdo...

Cuando todos callamos es que ha entrado su ausencia.
La pena nos destaca sus amarillos ramos.
El cuento de la abuela se corta con frecuencia.
Y el pequeño interroga si a un viajero esperamos...

Con sus voces lejanas el recuerdo la nombra.
Y llovizna el pasado desde un cielo vacío.
Pero se unen las rutas más allá de la sombra.
Y puesto que no existe todo en ser es mío.

Carlos Mastronardi

UNA MUJER, por Arkadi Averchenko



DOS personas, a quienes yo conocía entraron en el restaurante y ocuparon la mesa inmediata, a la mía.

Eran él y ella.

Ella era la coquetería personificada. Con coquetería refinada, exquisita, se bajó el cuello del gentil abrigo de pieles; se quitó los guantes, sujetando entre los blancos dientecillos la punta de cada dedo; se pasó la borla de los polvos por la nariz, mirándose en un espejito de bolsillo; le enseñó la lengua a su caballero, que la contemplaba embobado.

Su caballero le preguntó, con aterciopelada voz de barítono:

—Bueno, cielito mío; ¿qué vamos a comer?

—A su cielito de usted lo mismo le da una cosa que otra. Lo que usted quiera.

—¿Y qué vamos a beber?

—También me es igual. Lo que usted quiera.

—Está muy bien, princesa.

El galán se encaró con el **maitre d'hotel**, que esperaba sus órdenes, y le dijo:

—Ponga en hielo una botella de Brut americano.

La dama apartó la nariz del espejo y le miró un si es no es asombrada.

—¿Brut?

—Es una buena marca. A mí me gustó mucho.

—Es usted un perfecto egoísta. ¿De modo que porque le gusta a usted esa porquería me va a obligar a mí a beberla?

El galán se sonrió cariñosamente y acarició la mano de la dama.

—Le aseguro a usted, princesa, ques es un vino exquisito.

—¡Sí, exquisito!

—¿Lo ha bebido usted alguna vez?

—¡No lo he bebido nunca, y no quiero beberlo!

—¡Qué encantadora lógica!... Bueno: ¿qué vino ha bebido usted?

—He bebido..., he bebido... Monopole seco. Es el único que se puede beber.

—¡Vamos, ya hemos averiguado cuál es su marca preferida, muñeca!... **Maitre**, ya lo sabe usted: ¡Monopole seco!

—A sus órdenes, señor, ¿Y de comer?

—Margarita Nicolayevna: resuelva usted ese grave problema.

Margarita Nicolayevna miró y remiró, haciendo encantadores dengues, la carta, y se la devolvió a su caballero, encogiéndose de hombros.

—No sé..., no sé... ¡Es igual! Elija usted por mí.

—¡No, no! ¡Se trata de un asunto muy serio!—replicó, sonriente, el galán—. Vamos a ver. ¿Qué pescado le gusta a usted?

—Ninguno.

—¿Le gusta a usted la carne?

—Según...

—Unos filetes mignon...

—¡Pscht!

—Unas chuletas de carnero a la Stendhal...

—¡Pscht!

—Picatta...

—Prefiero coles de Bruselas.

—Pero eso no es carne. ¿No va usted a tomar nada de carne?

—No sea usted pesado. Pida usted lo que quiera. Ya le digo que me es lo mismo.

—Acaso **risotte** con setas y cangrejos...

—¿El **risotte** es un plato de arroz?

—Sí, princesa. Su nombre lo indica...

—Detesto el arroz.

—Podía servírsele a la señora una perdiz asada—aconsejó respetuosamente el **maitre d'hotel**.

—¡No, no! Me repugna el olor de la perdiz.

El **maitre d'hotel** le dirigió al galán una mirada de desesperación. El galán, en cambio, nos miró al **maitre d'hotel** y a mí, como diciendo: "¡Qué encantadora criatura! ¡Qué caprichosilla y qué mona!"

—¡También la perdiz ha fracasado!—suspiró.

Y añadió, inclinándose solícito hacia la dama:

—Vamos, princesa; ¿qué comería usted?

—Si hubiera salmón...

—Muy bien. ¿Y de segundo plato?

—¡Ay, no sea usted pesado! ¡Cualquier cosa! ¡Lo que coma usted!

—Yo tomaré pollo con arroz.

—¡Qué galante! ¡Le he dicho que detesto el arroz y se empeña en hacérmelo comer! ¿Hace usted el favor de darme la carta?... Elegiré cualquier cosa, al tuntún, para terminar... ¡**Maitre**, para mí, después del salmón, **ragout** a la polaca!

—Muy bien, señora.

—Con salsa holandesa, ¿eh?

El **maitre d'hotel** reprimió un gesto de asombro, y contestó:

—Muy bien, señora.

Minutos después le servía a la joven pareja el salmón y descorchaba la botella de Monopole seco.

—Tráiganos caviar—le ordenó el galán.

El amable caballero tocaba a cada momento la mano de la dama, como para convencerse de su solidez.

Cuando le sirvieron el **ragout** polaco, Margarita Nicolayevna hizo una mueca de desagrado y le dijo a su admirador:

—No me gusta esto. A usted, ¿qué le han traído, por fin?

—Pollo con arroz.

—¿A ver? ¡Tiene buena cara! Tome usted mi **ragout** y déme su pollo. Si no le sabe mal, ¿eh?

¡Qué había de saberle mal! Efectuó el cambio pintada en la faz una generosa alegría.

Verdad es que, al empezar a comer el **ragout** polaco, una nube sombría obscureció su rostro; pero la sonrisa tornó al punto a sus labios. Por lo demás, la comida parecía interesarle muy poco: sus ojos casi no se apartaban, absortos, encantados, de la coqueta mujercita. De vez en cuando me miraba, como diciéndome: "Es un encanto esta adorable criatura, con sus caprichitos y sus fantasías, ¿no?"

II

Dos personas, que no me eran por completo desconocidas, entraron en el restaurante y ocuparon la mesa inmediata a la mía.

Eran él y ella.

Ella era coqueta hasta la médula de los huesos. Con coquetería refinada, exquisita, se bajó el cuello del abrigo, se arregló el sombrero, se frotó las manos, me dirigió una ojeada rápida al desdoblar la servilleta.

El le preguntó:

—¿Qué vino prefieres?

—Me es igual. Tú decidirás.

—Bueno. ¡Mozo!... Una botella de **Cordon Rouge**.

—¿**Cordon Rouge**?—dijo ella, poniendo un hociquito monísimo de niña caprichosa—. ¡Vaya un vino! ¿A quién se le ocurre...?

En aquel momento reconocí a la pareja: era la misma que algunos meses antes había cenado a mi lado en otro restaurante. Hasta recordé el nombre de la dama: Margarita Nicolayevna.

El caballero hizo un gesto de desesperación.

—¿No decías que te era igual, Margarita? ¿En qué quedamos?

—¡Te ruego que no levantes la voz!

—No levanto la voz. Me limito a hacerte observar que es absurdo el decirme que te es igual para decir luego: "¡Vaya un vino!" ¿No te he preguntado qué marca prefieres?

—Pues... **Chaperon Rouge**.

—Muy bien. ¿Y qué quieres comer?

Margarita Nicolayevna miró y remiró con desgano la carta, y se la tendió al **maitre d'hotel**.

—Elija usted.

—No me atrevo. No tengo el honor de conocer el gusto de la señora.

—Elige tú, Kolia...

El caballero le dirigió a la dama una mirada nada tierna.

—Bueno—repuso—; elegiré.

Y, luego de consultar la carta, ordenó:

—Para la señora, pechugas a la **bechamel**.

—¡No, no!—protestó ella—. Todas las estrellas de **varietés** comen pechugas a la **bechamel**.

—¿No me has dicho que te es igual, que elija yo? ¡Sepamos de una vez lo que quieres?

En la voz del caballero se percibían, aunque él trataba de hablar serenamente, vibraciones de enojo.

—Un plato cualquiera de pescado. ¡Y no me hables en ese tono!

—¿En qué tono, mujer? ¿Qué pescado prefieres?

—¡Cualquiera! ¡No seas pesado!

—Bueno, **Maitre**: para la señora, esturión a la rusa.

—¡Ay, no! ¡Esturión, no!

El caballero le lanzó a la dama una mirada furiosa y le tendió la carta.

—Me has dicho dos veces que elija, y las dos veces te ha parecido mal el plato que he elegido. Comprenderás...

—¿Qué?

—Que por muy paciente que se sea... Si llevaras dos días sin comer, no tardarías tanto en decidirte. Es necesario que renuncies a ese papel ridículo de niña mimada y caprichosa.

—Si sigues hablándome en ese tono, esta es la última vez que nos vemos.

—Pero, hija, es natural que te hable en este tono. Se te da la carta para que elijas, y empiezas a hacer dengues, a decir: "¡Ay, qué pesadez!", como si se te obligase a preocuparte de una cosa que no te interesa. Si no te interesa, ¿por qué rechazas los platos que yo te elijo?... Elige tú, y asunto concluído.

¡Qué amable,... qué galante! ¡Pareces un albañil! Hace cinco meses eras todo delicadeza... ¡Jesús, cómo has cambiado!

—Hace cinco meses, querida...

—¿Qué? ¡Acaba!

—¡Pero, mujer, por todos los santos! El **maitre d'hotel** está esperando. No se debe abusar de la paciencia de nadie, y menos de la de la gente que no puede mandarle a uno a paseo.

—¡No admito lecciones! ¡Me está usted gritando, caballero, como un mozo de cuerda!

La dama hablaba en un tono lleno de altivez, como una reina.

—Que me traigan lo que a usted se le ocurra... Lo mismo me da una cosa que otra.

—¡No!—profirió, fuera de sí, dando un manotazo sobre la mesa. Conozco ese último recurso. Te traerán algo que, desde luego, no te gustará, y me lo endosarás a mí, comiéndote tú, en cambio, lo que yo haya mandado que me traigan. ¡No, no! Le ruego a usted señora, que concrete, que especifique.

—¡Adiós! — dijo fríamente Margarita Nicolayerna, levantándose—. No estoy dispuesta a cenar con un carbonero.

Y se dirigió a la puerta.

—¡Pero mujer...!

Ella no hizo caso.

El caballero entonces se levantó y corrió en pos de la bella.

—¡Idiota murmur; yo indignado.

COMO SE SIRVEN SODA... EN EL WHISKY

1. El experto. — 2. El voluptuoso. — 3. El apresurado. — 4. El mundano. — 5. El principiante. 6. El entendido. — 7. El cauteloso. — 8. El perito. — 9. El meticuloso.

EL GÉNIO

Los hombres geniales son mucho más numerosos de lo que se cree. En efecto, para apreciar completamente una obra de genio, es necesario poseer toda la superioridad que ha servido para producirla. Y, sin embargo, el que la juzga puede no ser capaz de hacerla, de crear una semejante, y esto es sencillamente porque le falta lo que se podría llamar habilidad constructiva, aptitud que es en absoluto distinta a lo que llamamos generalmente "genio".

Esta habilidad particular depende mucho de la facultad de análisis, por cual el artista adquiere una vista de conjunto de los medios que tiene que emplear para llegar al fin que se propone.

Pero esta habilidad depende también, en gran parte, de ciertas virtudes estrictamente morales, tales como la paciencia, la atención sostenida, la facultad de concentrar la inteligencia, el imperio sobre sí mismo, el desprecio a los prejuicios, y, más especialmente aun, la energía y el trabajo.

Estas dos últimas condiciones son tan indispensables, tan vitales, que se puede decir, a justo título, que ninguna obra de genio puede haberse realizado sin ellas.

Y precisamente porque el trabajo y el genio son casi incompatibles es por lo que escasean las obras maestras, mientras abundan los hombres geniales.

El ingenio más elevado, el que todos los hombres reconocen como tal, el que obra tanto sobre el individuo como sobre las masas por una especie de magnetismo incomprensible; ese ingenio que se manifiesta por los gestos más sencillos o por la ausencia de éstos; ese ingenio que habla sin voz y estalla en una mirada, no es más que el resultado de una vasta potencia mental en un estado de proporción absoluta, sin predominio legítimo de ninguna facultad.

EDGARD POE

EL QUE CON NIÑOS SE METE...

Juanito:—Ya que me has dado permiso para hacerte cualquiera pregunta que se me ocurra, supongamos, papá, que llega el fin del universo y que en ese momento un hombre viaja por el aire en un aeroplano, ¿dónde aterrizaría?

El papá:—Niño, vete a dormir, que ya son las diez de la noche.

-:- LATAS DE BASURA -:-

Por ELIZABETH ROBINS PENNELL

SI Main Street se extiende desde San Francisco hasta Nueva York, sin necesidad de verla puedo decir que la vía se distingue, no por los mijeros que marcan la distancia, sino por las latas de basura. Mi experiencia me enseña que la lata de basura se ha convertido en elemento indispensable de la vía pública norteamericana, sea grande o pequeña. El recipiente de desperdicios no se oculta ya en callejuelas y barrios pobres; en barrios altamente respetables de ciudades muy respetables también, exhibe públicamente lo que se habría llamado "inmundicias" en antiguos días en que las "inmundicias" no se consideraban propias para exponerse ante la vista del público. Cierta vez conté once latas prolijamente dispuestas frente a una lujosa residencia particular, y veinticinco frente a un hotel eminentemente correcto; y asombrada me pregunté cuántos contaría en sus rondas diarias un guardia civil aficionado a la estadística. A veces están agrupadas al canto de la acera, a veces más modestamente al lado de la verja, y a menudo en medio de la calzada amenazando al desprevenido; pero siempre, de mañana, tarde y noche, se encuentran en alguna parte plenamente a la vista, ofreciendo al transeunte observador la oportunidad de saber quién se regala con langosta y quién ayuna con berzas, quién se da el lujo de despilfarrar en flores o quién economiza en carbón. La basura se recoge de vez en cuando, pero entonces se arroja en carros descubiertos de los que volando a diestra y siniestra vuelve a las casas por puertas y ventanas, y de nuevo a las latas. Así, pues, gracias a las autoridades sanitarias la lata de basura constituye hoy un adorno tan fijo de la vía pública como el buzón postal o el farol.

Es un adorno que personas criadas al estilo antiguo apenas pueden considerar deseable; y por cuanto a mí respecta, preferiría enterarme en el interior de una casa determinada si se sirve con más frecuencia langosta o berza en las comidas, o juzgar por la fragancia y temperatura de las habitaciones en qué medida se compran flores y se quema carbón. Pero la nueva generación debe tener otra manera de pensar, pues si la lata de desperdicios la hiriera tanto como a mí, hace tiempo habría concebido la forma de deshacerse de tal aparato. En mi departamento en Londres si el cubo de basura no era prontamente vaciado y puntualmente devuelto en la cocina a las diez de la mañana por escalera, no faltaba quien investigara al punto la razón; y aquí no estamos tan atrasados, en comparación con los ingleses, como para no tener un servicio que ellos tienen sin dificultad. Tampoco puedo creer que el hábito, por más que opere milagros maravillosos, haya hecho de la lata de basura un objeto de belleza a ojos del público norteamericano; ni que el azar, sin embargo de su malevolencia usual, lo haya convertido en un símbolo de la índole que el te lo fuera entre nuestros antepasados, símbolo del límite a que llegara nuestra tolerancia de la opresión. No obstante, con la sumisión del cordero aceptamos la enmienda décimoctava; pero si se entrometen con nuestras latas de basura ¡entonces...!

Mientras más pienso en este asunto, menos descubro que a los demás les preocupe. Nadie parece inmutarse ni regocijarse con la presencia de la lata de desperdicios, porque nadie la advierte. Y como nadie se ocupa de pensar en la lata en uno u otro sentido, hela allí, a la puerta de todas las casa, erigida en símbolo... no de la independencia nacional, sino de la cómoda indiferencia pública que conduce a un blando hábito de negligencia nacional.

Nadie puede exigir que las grandes naciones, como tampoco los grandes hombres, sean grandes en todos sus actos. Pero una gran nación no goza del privilegio que tiene un gran hombre para disfrutar en pantuflas de la holganza privada. Si usa pantuflas, una nación debe usarlas en público, por más bajas que sean en los talones o levantadas en la punta. Es innecesario para mí hacer constar que como nación los Estados Unidos tiene momentos de grandeza; ciertamente no pecamos de modestos; tampoco es secreto de estado que tienen momentos de reposo y los gozan en abominable desaliño. En realidad, la pública ostentación de este desaliño parece contribuir al goce de aquellos momentos. El gobierno se esfuerza por sentar el ejemplo en la capital. Si bien el gobierno se mostrara inspiradísimo al levantar edificios presidenciales y parlamentarios tan hermosos en su dignidad y sencillez como la democracia tiene reputación de serlo y no lo es, desde entonces ha revelado la mayor negligencia respecto de la avenida que une esos edificios. De Pennsylvania Avenue podía haber hecho los Champs-Elysées de los Estados Unidos; en cambio ha convertido esa vía en una inmensa lata nacional de basura desbordante de chozas, reproducciones y retazos de Chinatown, fondas baratas y hoteles desvencijados: todos los desperdicios de la capital. Y a este respecto la nación adula a la ciudad de Wáshington imitándola servilmente. Nueva York, consciente de su responsabilidad como la más importante de nuestras ciudades, lo hace en mayores proporciones. En ninguna otra parte existe contraste más agudo entre las obras de los Estados Unidos en momentos de inspiración y la negligencia del país en intervalos de relajamiento. Hace algunos años la necesidad y los arquitectos proyectaron transformar a Nueva York en una ciudad de palacios, una Génova o Florencia glorificada, y agrupar los palacios de belleza increíble en la zona desde la cual se domina el puerto más inconcebiblemente hermoso del mundo. Poco después, la necesidad volvíase menos premiosa, y las autoridades edilicias descubrían la ley de zonas; entonces se edificaron "rascacielos" sin pretensión de palacios, destruyendo el equilibrio y la línea de la perspectiva arquitectónica, desbaratando la armonía del conjunto. Como vía pública la Fifth Avenue no es menos soberbia que la alta bahía de Nueva York como puerto; pero si bien su esplendor no tiene paralelo, tampoco lo tiene la inmundicia de los barrios bajos vecinos donde se multiplican nuestros residentes extranjeros.

Aquí y allá, en puntos determinados de su vasto trayecto, arquitectos y escultores han trabajado en consorcio obteniendo efectos que no desdeñaría la más espléndida de las antiguas ciudades de Francia, España e Italia. No obstante, sin que ello parezca preocupar a nadie, el más bello de esos efectos ha sido rápidamente eclipsado por una estructura gigantesca de cajas de ladrillo, con un gallo de oro encaramado al tope en actitud de cantar una burla insolente.

Los norteamericanos observadores que llegan a Nueva York directamente de París dirán tal vez al desembarcar que la ciudad les choca en grado intolerable por su deformidad. Pero Nueva York no es deforme. París no está libre de calamidades arquitectónicas; sólo que, como el genio de orden es el mayor de los valiosos dones que Francia ha dado al mundo, aun las miserias arquitectónicas mantiénense dentro de ciertas restricciones. Bien puede errar en la edificación el arquitecto francés moderno, y efectivamente yerra; pero rara vez se permite que sus equívocos rompan la armonía del plano de la calle o de la ciudad de que forman parte. Los franceses modifican, en tanto que nosotros con nuestra indiferencia habitual exageramos, la falta de armonía.

Cualquiera que sea nuestro objeto, ya la belleza, ya la utilidad, nuestra grandeza falla antes de llegar a la meta, muy a menudo en el momento más desfavorable; pero como estamos acostumbrados a la falta de armonía en todo, no nos molesta ya. Nueva York construye un ferrocarril subterráneo que es admiración de los ingenieros en todo el mundo, pero lo llena de ruido tal que amenaza llevarlo a uno a Blackwell's Island al término de la jornada. Los tranvías urbanos norteamericanos constituyen modelos para las demás naciones de la tierra, y en nuestras calles más lujosas esos tranvías se vuelven cada día más sucios hasta que la manguera más poderosa y el mejor escobillón no bastan para lavar la inmundicia. Y mientras que en el tranvía y en el subterráneo nos codeamos y nos empujamos y luchamos por abrirnos paso a través de sudorosas masas humanas, nos orgullecemos de nuestro adelantado sistema de transporte, y en complaciente ignorancia compadecemos al pobre extranjero por usar carros que llevan el cartel: "ocho caballos, veinticinco hombres", de cuyo empleo no tenemos la más remota idea sin habernos preocupado jamás de averiguarlo.

Nuestros parques son nuestra gloria; pero los árboles, transportados a costo considerable, perecen por falta del cuidado debido; arbustos y plantas florales, cultivados con gran trabajo, se encuentran a merced de los patinadores de invierno y los vagabundos de verano por carecerse de las debidas regulaciones. Nuestros caminos principales han sido mejorados en forma casi increíble desde los días en que se ignoraba el automóvil, y hasta el maltrecho cerco ha sido en gran parte reemplazado por setos de rosas y madreselvas; sin embargo, a cada recodo deformamos nuestros caminos con carteles de avisos, la maldición del país. Importamos del norte de Francia magníficos caballos de tiro; mas en nuestras grandes ciudades esos caballos y su progenie trabajan en tales condiciones y con atelaje tal que deshonrarían al rocín más miserable de una aldea remota. Nuestro dinero atrae a los más renombrados cantantes del mundo a la Metropolitan Opera House, y vistiendo nuestra indumentaria más costosa los escuchamos desde palcos y butacas que necesitan urgentemente los servicios del tapicero. Somos tan generosos con nuestro departamento de correos que siempre estamos dispuestos a cubrir su déficit; y a pesar de ello los empleados, para remitir un libro a distancia tan corta como entre Brooklyn y Manhattan, hacen de modo que abollan las esquinas en forma irremediable. Nuestras tiendas son modelos de exposición; pero los paquetes descuidadamente hechos que envían llenarían de confusión al mercader de Londres y de París.

La enumeración de ejemplos no tiene término. Unicamente la política ofrece material para un capítulo... un libro... una biblioteca... cuya compilación requeriría un ejército de empleados durante el período de la vida de un hombre. El mismo contraste en todo aquello que es importante, en todo aquello que es insignificante. Pregúntese a un norteamericano, ausente por largo tiempo de su país, qué es lo que le llama más la atención a su regreso; si es sincero, contestará que el lujo extraordinario al lado de la miseria más calamitosa. Podemos edificar, pero no podemos persistir en la obra; y el desaliño público ha llegado a parecer tan inevitable como las industrias nacionales.

Los norteamericanos que se jactan de un fácil patriotismo consideran un delito criticar el propio país, en la creencia, supongo, de que perseverando en la idea de nuestra grandeza seremos siempre grandes. Pero defectos sólo pueden corregirse

(Continúa en la página 14)

EL HUMORISMO EN TODO EL MUNDO



ELLA.—Por Dios, Pepe, que nadie nos oiga. Haz que las pisadas se borren.
EL.—No te preocupes, se borrarán. Llevo suelas de goma.



—No debía usted saberme besar tan pronto, nos conocemos sólo desde ayer.
—Es que voy a estar aquí pocos días.



—¿Puede usted guardar un secreto?
—Soy una tumba.
—Necesitaba con urgencia 100 pesos.
—Esté usted tranquilo; como si no hubiese oído nada.



—¿Te has enterado de que ahora piensan hacer el pan con harina de arroz?
—Oye: ¿se sabe si ese arroz llevará un poquito de pollo?





EL DOCTOR.—Está usted muy gastado. Es preciso que deje todo trabajo de cabeza.
EL ENFERMO. — Imposible, doctor; soy peluquero.



—Muy bien; le daré a usted un chelín por limpiarme la nieve. ¿Pero dónde están su pala y su escoba?
(De "Gaiety", de Londres)



EL CRIADO.—Señor: el chocolate.
EL SEÑOR (medio dormido.— Échalo por debajo de la puerta.

HISTORIETA MUDA



El lancero la cazado, o no es para todos la bo ta de potro



El nuevo modelo "Tete a tete" de dos asientos.



—¿De modo que has quebrado?
Sí. Todo se ha perdido, menos el honor... y la fortuna, que tuve tiempo de ponerla a nombre de mi mujer.

—¡Es espantoso lo que me pasa de [illegible]! Sabe que la amo, y, a pesar de eso, me deja coquetear con todo el mundo, y no me dice ni una palabra.

LATAS DE BASURA

CONTINUACION y FIN

(Viene de la página 10)

tratando de descubrirlos, mediante un examen diario de la conciencia; y como nuestra grandeza se evidencia solamente en momentos excepcionales mientras que nuestra negligencia nos acompaña todos los días, conviene ensayar siquiera aquella práctica. Ciertamente, si continuamos por mucho tiempo, como en la actualidad nadie podrá decir donde acabaremos. Hemos cerrado de tal modo los ojos a la negligencia prevaleciente que ésta no sólo se arrastra sino que avanza a pasos agigantados en todos los órdenes esenciales de la vida. Las naciones decaen y perecen, desapareciendo las ciudades y cuanto encierran. Los más lozanos frutos políticos del presente se marchitan y corrompen en breve. El arte únicamente el arte, sobrevive a las generaciones que pasan y a lo que llaman civilización; y la negligencia nacional afecta actualmente el arte, no sólo el arte en su limitada acepción usual sino en el sentido más vasto, que incluye la palabra hablada y escrita, la pintura, la escultura, el grabado, la arquitectura y la música.

Medida por los recursos que poseemos para alcanzarla, nuestra grandeza en todos los ramos del arte sería prodigiosa. ¡Cuán irreales y fantásticas hubieran parecido la abundancia y riqueza de nuestras escuelas, colegios y universidades a estudiantes de pasadas épocas en que la educación era privilegio de unos cuantos, quienes tenían que trabajar con ahinco para lograalr; Pero, ¡cuán sorprendente el fruto insignificante en el parto de estos maravillosos montes del sistema educativo! ¡Y cuán incomprensibles los nuevos métodos! La disciplina mental, en otro tiempo el principal objeto de la educación, ha quedado subordinada a notas, exámenes y diplomas; los niños estudian mediante el juego, y dirigen ellos mismos el juego; la gramática ha sido relegada a lugar secundario, y el análisis prosódico es materia tan extinguida como imaginábamos a los plesiosauros hasta hace poco; las materias cuyo aprendizaje requiere esfuerzo son cómodamente abandonadas; el pensar es ocupación superflua; los eruditos más satisfechos de sí mismo se alejan rápidamente de los antiguos fundamentos, y deshechan a su paso las normas antiguas. En todas partes pueden observarse los resultados de nuestra negligencia intelectual. Los estudiantes se aglomeran en el salón de conferencias; escriben una admirable variedad de tesis de exámenes; salen de la escuela, del colegio o de la universidad cargados de laureles; pero no pueden hablar ni escribir un inglés usado en las páginas cómicas de los diarios. Es voz que no se les ha enseñado a dominar o modular, dicen que ellos "gotta go," y que "goma do it", y aderezan su conversación con gemas como "watcha" y "gotcha" y vulgarismo análogos, desprovistos del humorismo y el vigor que da gracia y a veces elocuencia a la verdadera jerga popular .Como hablan, escriben, no profesando por la palabra escrita mayor respeto que por la hablada. Aceptan todo aquello que economiza tiempo y trabajo: escriben "thru" por "through, program" aligerado del final "me, cigaret" del final "te, catalog" del final "ue humour" sin u, "labour" con igual falta, y cometen otras innumerables profanaciones no menos monstruosas, empleando casi siempre abreviaciones para ahorrar tiempo y espacio hasta grado tal que según parece no falta mucho para que libros y periódicos se impriman en caracteres taquigráficos. No existiendo la belleza del lenguaje no puede existir la belleza de la literatura. Contamos con una legión de profesores de gramática inglesa; pero, ¿cuántos escritores o críticos distinguidos tenemos capaces de discernir y apreciar lo que leen? Si el crítico o maestro elude continuar la obra de ayer, si se regocija en haberse substraído a la guía griega y latina, si establece diferencia entre la lengua inglesa y la norteamericana, si se jacta de haberse emancipado de tradiciones que constituyen el patrimonio de la literatura moderna, ¿puede sorprendernos la calidad de los libros nuevos más solicitados y de las revistas baratas de nuestros puestos de venta; la abundancia nociva de trabajos de segunda clase, aplaudidos en revistas de segundo orden y devorados por un público de segunda categoría; la corruptora mezcolanza que llena hasta el tope la lata de basura de la literatura nacional?

La música adolece de iguales vicios, y todo oído delicado debe evitar las pruebas que así lo acreditan. La música ha llegado a estar no menos en moda que la política y filantropía, y más aun que las obras de arte. Escuelas y profesores de música abundan tanto como escuelas y profesores de otras partes, ofreciendo becas y contando con alumnos igualmente numerosos. El concierto semanal, el concierto diario atraen una legión de abonados ricos a la puerta principal, una hilera de aficionados pobres a la entrada barata tras de la esquina. No ir regularmente a la ópera es denigrarse como un advene- [illegible] la magnitud de sus rentas los cantantes favoritos rivalizan con las estrellas del cinematógrafo. No hay comida digna sin música, tertulia elegante sin música, veraneo refinado sin música. Y no obstante las innumerables oportunidades que tiene para oír buena música, ¿cuál es la música que realmente ama el público, la música por la cual sacrificaría todas las grandes óperas y orquestas sinfónicas habidas y por haber, si tuviera el valor de hacerlo? Si se hubiera de escoger entre Wágner o Debussy y el jazz, entre Héifetz o Rachmaninoff y la música fonográfica, ¿cabría dudar de la decisión, siempre que la gente no se avergonzara de confesar sus preferencias? Colóquese en las tablas un piano o un fonógrafo, impóngaselo como la moda del día, y ¡se verá si la misma legión, la misma hilera, no sitia las puertas de Carnegie Hall y de la Metropolitan! La música ha estragado el oído. Las máquinas musicales son asombrosas como máquinas, pero no producen arte, sino algo mecánico; sin embargo, el público no distingue entre uno y otro. El público acoge favorablemente todos los substitutos mecánicos de la música, de igual modo que los últimos "ismos" de artistas mal preparados, los últimos dramas fotográficos de la película, las últimas crónicas del escritor que ha echado la tradición a los cuatro vientos. Para el negligente resulta mucho más difícil levantarse a la altura de las demandas intelectuales y emocionales del arte.

Habiendo disfrutado de medios educativos, los más han sido siempre los negligentes. Su actitud no presenta nada de nuevo, pero sí ofrece un peligro cada ez mayor. El hombre que como cosa natural pone la lata de basura en la puerta de su casa, puede concluir pasando inadvertida la presencia del receptáculo en su sala de recibo; del mismo modo el hombre de gusto o de saber que se acostumbra a la negligencia de la generalidad en aspectos importantes de la vida puede acabar considerando inevitable esa negligencia, lo cual embotaría sus sentidos. Pero como en el caso de las latas de desperdicios colocadas a la puerta de las casas, mientras más pienso en las amenazas que rodean al arte, menos descubro que a los demás les preocupe. Aquellos a quienes he expresado mis inquietudes me aseguran que el desaliño es inevitable en una democracia. En una tierra donde rige el pueblo ,no es posible exigir pulcritud ni tampoco respeto por el arte: doctrina desconcertadora para la persona enseñada a considerar la democracia como cuna y dispensadora de todo bien. Si el pueblo hace las leyes, las leyes deben darle lo que desea; y si es desaliño lo que quiere, comete un error. O bien tiene la capacidad de gobernarse, y debe hacerlo mejor, o bien no puede dar más de sí, y por consiguiente no es capaz de gobernarse. No veo la solución de este dilema. Y mis inquietudes crecen cuando pienso que nuestro gobernante, el pueblo, ha permitido que el país se vea inundado por extranjeros poco apetecibles que vienen a añadir sus métodos extranjeros de desaliño a los nuestros, y que, adoptando sin dilación la ciudadanía americana, tienen el derecho de imponernos tales métodos. Costumbres inofensivas en aldeas que el viento azota constantemente en colinas de Italia pueden resultar muy nocivas cuando se importan a nuestros populosos barrios pobres. Hábitos que hace ahorrorosos los barrios ruso - judíos en el Sudeste de Europa pueden recrudecer virulentamente en los "ghettos". que hoy se estimulan o se toleran en las democráticas ciudades de los Estados Unidos.

Y todo lo aceptamos, tan satisfechos con nuestra plácida indiferencia como los británicos con su incoherencia. Sólo cuando el país se hallaba en manos del inmigrante nocivo pusimos un límite a la inmigración; sólo cuando la enmienda décimoctava formaba parte de la Constitución protestamos contra las leyes prohibitivas del alcohol; y de la misma manera el arte se habrá sumergido en la negligencia antes de que comprendamos que sin arte nada significa la vida, y, en efecto, que la vida misma debiera ser un arte. El hombre de negocios nos informa que los Estados Unidos son un país comercial, "el país del hombre de negocios y no del artista. El artista vive en nuestro medio, no por derecho, sino por tolerancia". Si es así como sinceramente pensamos los norteamericanos, ¡Dios nos ampare, porque es demasiado tarde para ayudarnos a nosotros mismos! ¡Cómo, si hasta el "chino pagano" que tanto despreciamos tiene ideas superiores! Si rehusa compartir nuestra ceguera materialista es porque, como nos lo ha manifestado cortesmente, cree demasiado caro el progreso que no deja a una nación tiempo ni deseo para cultivar el arte de la vida.

La Silueta de la Semana: RICARDO CORTEZ



Este popular actor cinemato-gráfico nació en Viena el 19 de febrero del año [illegible]. Cuando tenía tres años de edad sus pa-dres se trasladaron a N. York, donde recibió educación. Siendo muy joven ingresó a una oficina mercantil donde trabajó por es-pacio de varios años, al cabo de los cuales aprendió que para un joven de su temperamento era mejor dedicarse a las ctividdes teatrales que a las de Bolsa. Al-go muy importante para las chi-cas: Cortez tiene el cabello y los ojos negros.

EL TOVARISCH, BUQUE ESCUELA SOVIETISTA, NOS TRAE LA PRIMERA EMBAJADA OFICIAL DE AQUEL LEJANO PAIS

Sus Tripulantes Son el Signo de la Más Alta Cultura Reinante en la Unión Sovietista

LAS relaciones entre los gobiernos de nuestro país con los de Rusia antes de la revolución sovietista eran estrictamente oficiales. Por la gran distancia entre ambos países y por la característica negligencia del gobierno zarista, no pudieron existir relaciones más estrechas e íntimas. Los representantes de los Romanoff no se preocupaban mayormente ni por los súbditos del zar, ni por estrechar las relaciones comerciales directas entre ambos países.

Se sabe, que antes de la guerra, muchos productos argentinos encontraban gran aceptación en Rusia, como asimismo los artículos rusos en nuestro país. Pero todo pasaba por manos de ingleses y alemanes, etc., con el consiguiente perjuicio de ambos países interesados, sin que nadie se apercibiera del asunto, por negligencia y despreocupación.

Las burdas invenciones sobre el régimen sovietista en el país de los ex zares, esparcidas por gobiernos interesados, después de la exaltacón de los bolcheviques al poder, tuvieron por virtud el que en nuestro gobierno se desconociera por completo á aquel país, a pesar de la opinión favorable de la mayoría de nuestro pueblo y de la gente intelectual más prestigiosa de nuestro ambiente.

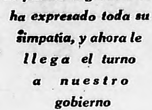
Se alegaba la ignorancia de los sucesos que siguieron a la asunción del poder por los sovietistas y la falta de comunicaciones oficiales, prescindiendo de las radiocomunicaciones hechas por los sovietistas y de los intentos extraoficiales que hicieron, según lo saben nuestros lectores. También es conocida la actitud desacertada de nuestra cancillería en el desgraciado asunto del "ministro ruso" Stein, que hasta la fecha sigue siendo recibido en las esferas oficiales como "legítimo" representante ruso.



El velero escuela ruso "Tovarich" entrando al puerto de Buenos Aires.

La llegada del buque escuela Tovarisch debe ser considerada como la primera embajada oficial del gobierno sovietista—

Si hasta ahora nuestro gobierno podía alegar la falta de comunicación oficial para no reconocer al gobierno sovietista, la llegada del buque escuela Tovarisch ha disipado aquella impresión. Existe un país con un gobierno constituído, el cual ha enviado a nuestra playas un pedazo de su tierra, enarbolando su bandera.



El pueblo argentino les ha expresado toda su simpatía, y ahora le llega el turno a nuestro gobierno

Las autoridades de este buque no se han presentado al "ministro" Stein, haciendo todos los trámites ante nuestro gobierno por su pr[illegible]a cuenta. Y forzosamente, nuestra cancillería debía de explicarse el origen del buque. Porque de alguna parte debía de llegar, por algunas autoridades debe de regirse y a alguién debe de representar. Es tan evidente el caso de la ilógica conducta de nuestra cancillería, que no exige comentarios.

Más aun, las peripecias de este buque en nuestro puerto, ha demostrado la poca consideración y la falta de tacto que han demostrado nuestras autoridades en este caso. Como es notorio, el Tovarisch es un buque escuela mercante, que lleva a su bordo a los cadetes de escuelas oficiales de un gobierno, enviados para aprender el arte de navegar, visitar países, donde, con el tiempo, tendrán que traer otros buques para cargar y descargar mercaderías, es decir, el verdadero intercambio amistoso y real de los países.

Y de que el intercambio existe ya y no lo puede ignorar nuestro gobierno, lo demuestra la existencia de un representante comercial sovietista, el cual, en el primer año y a pesar de la falta de relaciones oficiales, ha exportado de nuestro país productos por más de treinta millones de pesos, con miras de duplicar la cantidad, si el reconocimiento se efectúa.

Palpablemente, el Tovarisch desvirtúa las patrañas sobre la vida en la unión sovietista—

Mucho se hablaba de la vida imposible en la Unión Sovietista, del valor negativo del régimen imperante en aquel país. El hecho de la llegada del Tovarisch desvirtúa esos conceptos. El gobierno bolchevique se preocupa de la instrucción de la juventud prepara los futuros capitanes de su flota mercante, y no como los demás gobiernos, que se preocupan exclusivamente de la instrucción militar.

La misma vida a bordo del Tovarisch. demuestra la gran organización existente, la disciplina necesaria, a pesar de la camaradería existente. CRITICA y los demás diarios de esta metrópoli y de las provincias, ha comprobado la organización maravillosa existente, la buena presencia de los cadetes y de los marinos. Al respecto hemos ya publicado varias crónicas, y ahora, los interesados pueden comprobarlo personalmente con sólo visitar el buque.

Y como ya lo hemos manifestado desde su principio, a bordo, no todos son miembros del partido comunista. El actual capitán del buque, el comandante [illegible] sus propias manifestaciones, no es miembro del partido. Uno de los instructores de a bordo, el señor Krass, era oficial de la marina de guerra del zar, el cual manifiesta que se encuentra encantado con el cambio del régimen.

La instrucción a bordo, basada en la disciplina y al mismo tiempo en perfecta camaradería, es completa y superior. La juventud es sana, alegre y espiritual. Durante el largo y penoso trayecto, no se ha producido ni un caso de epidemia, a pesar de la circunstancia de que el buque tuvo que permanecer largos días en alta mar por falta de vientos, lo que demuestra que la higiene no faltaba a bordo.

Hay a bordo una buena biblioteca, un piano, existe un club y toda clase de esparcimientos que denotan la alta cultura de los tripulantes. También se edita un pequeño periódico, donde se insertan los radiotelegramas que se reciben a bordo. Todo esto demuestra lo absurdo de las patrañas que se esparcían sobre la vida rusa actual. Todos los que han tenido la oportunidad de visitar el barco, han encontrado gente de alta cultura y de exquisito trato, y se asombraban al no encontrar a aquellos salvajes asiáticos, de los cuales les hablaron tanto las noticias interesadas de los enemigos de los sovietistas.



El capitán Fraiman y su segundo, que conducirán el "Tovarich" en su viaje de vuelta.

Es ya tiempo que nuestro gobierno cambie su actitud frente al gobierno sovietista—

La permanencia del Tovarisch en nuestras aguas debía enseñar a nuestro gobierno (nuestro pueblo ya lo sabe) que existe un gobierno que rige el destino de muchos millones de habitantes. Que ese gobierno es el exponente verdadero de la voluntad de su pueblo. Que aquel pueblo no sólo nó ha despreciado las tradiciones de sus grandes sabios y escritores, como Tolstoi, Turguenev, Soloviev, Mechnikov, Dostoievsky, etcétera, sino que ha agregado muchos otros conceptos, como los de Lenin, Trotzky y otros.

Si ahora, a estos últimos se considera como destructores de la "civilización", la misma vida demuestra y demostrará el error de tal concepto. La humanidad nó puede estancarse, y los dirigentes de la Gran Revolución Francesa, en su época también fueron considerados como "bárbaros", siendo venerados en la actualidad, y los principios de los derechos del hombre se consideran el exponente más alto de la civilización y el progreso.



Los oficiales y la tripulación del velero ruso con el redactor de CRITICA, León Rudnitzky.

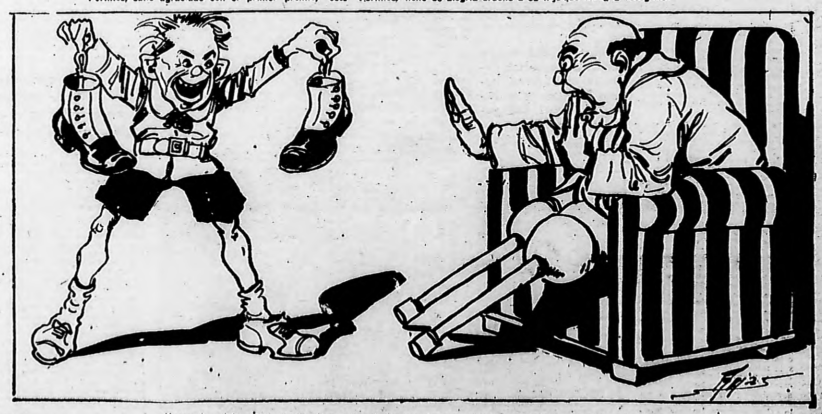
EL NIÑO AMBICIOSO



EL PRIMER PREMIO, por ROJAS



Don Juan Perniles, compró un boleto de una rifa en la cual anunciaban como primer premio un par de objetos de gran utilidad. Como el número del boleto de Perniles, salió agraciado con el primer premio, éste Perniles, lleno de alegría ordenó a su hijo que fuera a recogerlo.



—Y cuando volvió el hijo de Perniles, entregó al padre los dos objetos que le habían tocado en la rifa.